

# Nehemías

## Estudio sobre el libro de

### Autor: H. Rossier

El libro de Nehemías, hijo de Hacalías, no es la continuación inmediata del libro de Esdras. Comienza en el vigésimo año de Artajerjes (Mano Larga), es decir, trece años después de la llegada de Esdras a Jerusalén (comp. Esdras 7:7), que tuvo como resultado los acontecimientos relatados en los capítulos 7 a 10 de su libro. Durante estos trece años, el "remanente" había caído en el oprobio y en una gran miseria. Es cierto que el templo estaba reconstruido, pero en una ciudad sin defensas estos pobres judíos estaban en constante peligro de sucumbir bajo los ataques de sus enemigos; y la casa de Dios, objeto de su solicitud, estaba expuesta a un nuevo saqueo.

## **Aviso legal / Derechos:**

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

# Índice

Introducción.....	3
Misión de Nehemías .....	4
Nehemías sale para Jerusalén e inspecciona los parajes.....	5
La muralla.....	7
Obstáculos de fuera.....	12
Obstáculos de dentro .....	15
Ataques personales .....	17
Orden de la casa, gobierno de la ciudad y registro genealógico .....	20
El libro de la ley y la fiesta de los tabernáculos .....	23
Humillación, separación, confesión.....	26
Renovación del pacto .....	29
Jerusalén repoblada.....	30
La dedicación del muro.....	32
La energía individual de la fe .....	34

# Introducción

El libro de Nehemías, hijo de Hacalías, no es la continuación inmediata del libro de Esdras. Comienza en el vigésimo año de Artajerjes (Mano Larga), es decir, trece años después de la llegada de Esdras a Jerusalén (comp. Esdras 7:7), que tuvo como resultado los acontecimientos relatados en los capítulos 7 a 10 de su libro. Durante estos trece años, el “remanente” había caído en el oprobio y en una gran miseria. Es cierto que el templo estaba reconstruido, pero en una ciudad sin defensas estos pobres judíos estaban en constante peligro de sucumbir bajo los ataques de sus enemigos; y la casa de Dios, objeto de su solicitud, estaba expuesta a un nuevo saqueo.

El relato de Nehemías abarca un período de unos doce años y trata otro tema, el cual presenta facetas muy distintas al de Esdras. Respecto a este último, vimos el altar restablecido en su lugar, los fundamentos del templo asentados, la casa edificada, y todo este trabajo seguido de la purificación del pueblo en cuanto a sus alianzas profanas. El propósito del libro de Esdras es el culto del pueblo de Dios y el estado moral que debe acompañarle. Por su parte, el libro de Nehemías nos habla de la restauración de las murallas, las puertas y las casas de Jerusalén. Si Esdras nos presenta la restauración de Judá y Benjamín desde el punto de vista religioso, Nehemías lo hace más bien desde el punto de vista civil. En el curso de este estudio consideraremos el alcance que esta restauración tiene para nosotros.

Aquí no encontramos, como en el libro de Esdras, a un Zorobabel como gobernador de linaje real, ni a un Jesúa como sumo sacerdote, puestos a la cabeza para conducir al pueblo, ni profetas para despertarle, ni siquiera un escriba de descendencia sacerdotal, como Esdras, enviado para recordarle la ley de Moisés y purificarle. Sin duda este escriba tenía plena autoridad, de parte del rey, sobre el poder civil, pero únicamente en virtud de la confianza que su carácter moral inspiraba (Esdras 7:25). Tenía el derecho de ejercer esta autoridad, pero no era lo que él buscaba. Toda su atención y su celo se dirigían hacia el estado espiritual del pueblo, del cual la “casa de Dios” llegó a ser el centro.

Nehemías no era un noble, ni tenía autoridad; fue investido de sus funciones en virtud de la confianza que supo inspirar al rey, de quien era el copero. Debido a esta confianza, pero bajo la poderosa mano de Dios quien dirige todas las cosas e incluso los sentimientos de los hombres, el rey otorgó a Nehemías su misión y le concedió el título de gobernador.

El carácter del pueblo era, como lo vimos en el libro de Esdras, el de un remanente según Dios. Después, tras un período de desánimo, vino el avivamiento, para culminar en la restauración moral por medio de las Escrituras.

Nehemías nos presenta un cuadro diferente. De todas maneras el pueblo estaba muy abatido, tanto moral como exteriormente; por eso, ante esta miseria, la oposición del enemigo aparentemente era insuperable, y más aún porque sus astucias abundaban. Solo la gracia de Dios podía remediar semejante estado, pero era necesario que los instrumentos empleados por él estuvieran provistos de paciencia, perseverancia y energía. Estos son precisamente los caracteres manifestados por Nehemías.

Dicho esto, sin otro preámbulo, abordemos el estudio de este libro.

## Misión de Nehemías

Nehemías estaba en Susa en la corte del mismo Artajerjes, rey de Persia, quien protegió a Esdras cuando subió de Babilonia a Jerusalén. Fue allí donde recibió de uno de sus hermanos y de algunos hombres que habían venido con él de Judá, noticias concernientes al “remanente” domiciliado en la “provincia” más allá del río, es decir, en la tierra de Israel, con detalles sobre la miserable condición de la ciudad santa. Estas noticias sobre la miseria y el oprobio del pueblo, las ruinas de la ciudad con las murallas destruidas, lo llenaron de una profunda aflicción. Después de haber sido restaurado, este débil remanente se hallaba continuamente amenazado por sus enemigos, confabulados para destruirle. Aún no había establecido nada duradero, y esto por su culpa. ¿Qué habían hecho los hombres de Judá después de tantos años? Su energía, avivada durante un tiempo para purificarse del mal, les faltaba ahora. ¿Y qué pasaría después?

Esdras había previsto que la reconstrucción de las murallas de Jerusalén debía ser la continuación necesaria de la edificación del templo, si el pueblo perseveraba en el espíritu del avivamiento (Esdras 9:9), pero no fue así. Largos años pasaron sin ningún acontecimiento que marcara la actividad o la energía; nada, sino la miseria y el oprobio crecientes.

Cuando Nehemías oyó estas cosas, como Esdras y como todos los hombres de Dios en los días de ruina, se humilló profundamente: “Me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos” (v. 4). Sin embargo, no lo hizo por un pecado concreto, como Esdras (cap. 9), sino a causa de la miseria que el pueblo había ocasionado por su falta de perseverancia y confianza en Dios. Nehemías comenzó por reconocer la fidelidad de Dios hacia aquellos que le obedecen, luego confesó los pecados de Israel contra Dios, sin excluir en ninguna manera sus propios pecados, los de la casa de su padre y la desobediencia colectiva a su Palabra (v. 5-7). Pero si Dios había hecho amenazas y las había cumplido, según lo que había dicho a Moisés (Deuteronomio 28:64), también había hecho promesas para su pueblo, si este se arrepentía de su pecado y obedecía, diciéndole que los reuniría y restauraría. Esto ya había tenido lugar (Deuteronomio 30:1-6), y Nehemías intercede entonces por el pueblo restaurado: ahora ellos eran siervos del Señor. ¿Los desconocería Dios? Imposible. Él también era siervo del Señor. ¿Cómo no lo escucharía Dios? Nehemías identifica al pueblo consigo mismo en el servicio que conscientemente desea continuar; este era su ardiente deseo en pro de la obra, sabiendo que estaba en comunión con la voluntad de Dios, desde el momento en que Él restauró a estos redimidos de su pueblo. Pero, al mismo tiempo (y esto es lo que se encuentra en medio de la ruina del pueblo, entre todos los hombres de fe: Zorobabel, Esdras, Daniel y otros), Nehemías no trata de sustraerse al yugo de las naciones, porque esto sería no tener en cuenta la infidelidad del pueblo ante Dios. Solo pide a Dios darle “gracia delante de aquel varón” (v. 11). Cuando habla a Dios, nombra al rey de esta manera porque, en efecto, ¿qué es el rey para el Dios soberano, quien forma los corazones de los más altos y poderosos, a fin de hacerles cumplir sus designios? Mas cuando estuvo ante el rey, Nehemías cambió de lenguaje y le honró como convenía (cap. 2:3), pero ante Dios dio honor y soberanía solo a Dios.

## Nehemías sale para Jerusalén e inspecciona los parajes

En el mes de Nisán (que era el primer mes, igual que el mes de Abib cuando la Pascua era celebrada, en el vigésimo año de Artajerjes), Nehemías sirvió el vino al rey, en su calidad de copero.

Su oración (cap. 1:11) fue oída después de haber llevado “duelo por algunos días” (cap. 1:4), es decir, alrededor de cuatro meses. El ayuno y la tristeza habían dejado huellas en su rostro; en aquel tiempo no era permitido presentarse ante el rey con un rostro triste (Daniel 1:10); pero Dios se sirvió de este hecho para poner en la boca del rey las palabras que debían dar ocasión a la súplica de Nehemías. Tales milagros, en respuesta a nuestras oraciones, forman parte de las circunstancias cotidianas de nuestra vida cristiana, aunque a veces no nos percatamos de ello. Considerando las cosas de cerca, todo es milagro en los propósitos de Dios para con nosotros. Él desvía ciertos peligros, nos permite algunos encuentros e impide otros, nos presenta ocasiones, nos cierra determinados caminos; en otras palabras, su mano siempre está presta para cumplir sus designios de gracia para con el creyente fiel o por su medio.

Así sucedió con Nehemías: “No es esto sino quebranto de corazón” (v. 2), le dijo el rey. Nehemías, temeroso, tal vez sin ver aún la respuesta deseada, presentó su súplica, pero no sin orar una vez más, en su corazón, al Dios de los cielos, para que su petición ante el rey estuviera acorde con Sus pensamientos. (“El Dios de los cielos” es el nombre de Dios, mencionado continuamente en Esdras y Nehemías, como Aquel que ha dado el imperio a los gentiles. En ese entonces ya no era conocido como el Dios de la tierra, porque habiendo dado como tal el país a su pueblo, y este último siendo declarado Lo-ammi a causa de su infidelidad, Dios había abandonado este título que solo volverá a tomar más tarde. Véase Esdras; Daniel 2:18-19, 28, 37, 44).

Entonces habló de las ruinas de la ciudad y de sus puertas: “¿Cómo no estará triste mi rostro, cuando la ciudad, casa de los sepulcros de mis padres, está desierta, y sus puertas consumidas por el fuego?” (v. 3). Después pidió ser enviado a Judá para edificar Jerusalén. “¿Cuánto durará tu viaje, y cuándo volverás?”, le preguntó el rey. Nehemías le señaló “tiempo”, probablemente doce años (véase cap. 2:1; 13:6).

Observemos aquí una diferencia importante entre Esdras y Nehemías, lo cual, sin embargo, no significa reprobación para el segundo de estos hombres de Dios. Para el primero, solo la fe estaba en acción: “Porque tuve vergüenza de pedir al rey tropa y gente de a caballo que nos defendiesen del enemigo en el camino” (Esdras 8:22). Nehemías, al contrario, pidió cartas para que los gobernadores le brindaran protección más allá del río, y no se opuso a que el rey enviara jefes del ejército y gente de a caballo para escoltarlo (cap. 2:7, 9). Reconoció el apoyo de la nación protectora a la cual servía; no era que le faltara la fe, sino que en esos tiempos de miseria la fe no se mostraba con la misma simplicidad. Terminada la reconstrucción del templo, Esdras solo tenía que llevar los dones a la casa de Dios. Cuanto más importante era el tesoro que le había sido confiado, más necesitaba mostrar al mundo que su fe estaba en Dios para guardar lo que Le pertenecía. Nada parecido había ocurrido con Nehemías; aquí no se trataba de dones, ni de tesoros, ni siquiera de salvaguardar a algunos fieles confiados a su responsabilidad. Nehemías estaba solo; su misión solo debía comenzar a su llegada a Jerusalén. Hasta allí tenía que reconocer y aceptar su dependencia del poder gentil; únicamente entonces tendría que mostrar su amor por la obra de Dios y su perseverancia para continuarla a través de todas las dificultades, debidas a la extrema debilidad del pueblo y a la fuerza de sus enemigos. A partir de ese momento veremos estas cualidades manifestarse en él a lo largo de todo el relato.

Al llegar a la provincia de Judea, Nehemías se encontró con los jefes hostiles al pueblo de Dios, Sanbalat y Tobías. El nombre de los enemigos había cambiado (comp. Esdras 5:6), pero la enemistad permanecía. De la misma manera, pero bajo otros nombres, el mundo sigue siendo hoy el mismo que crucificó a Cristo hace veinte siglos. A estos enemigos “les disgustó en extremo que viniese alguno para procurar el bien de los hijos de Israel” (v. 10).

En Jerusalén, término de su viaje, Nehemías quiso conocer por sí mismo la amplitud del mal. Había llegado a Judea con los jefes y los jinetes del rey de Persia, pero cuando se trató de la *obra*, solo usó la única cabalgadura que tenía, es decir, sus propios recursos, y no dependió para nada de lo que el mundo podría ofrecerle. Fue ahí donde su fe se manifestó. Jerusalén estaba sin defensa contra el enemigo, y su ruina era tal que ni siquiera ofrecía un camino por donde la cabalgadura de Nehemías pudiera pasar (v. 13-14). Era, pues, exactamente el lugar donde la fe estaba llamada a mostrarse. Cuando Dios nos ha confiado una obra, solo tenemos que escucharlo a Él, y, como Nehemías, no dependemos del mundo, ni siquiera de los sacerdotes, o de los nobles y oficiales (v. 16); principio muy importante para todos aquellos que el Señor envía. Solo después de haber conocido detalladamente el mal, bajo la mirada de Dios, Nehemías, convencido de su misión, pudo animar al pueblo a actuar para remediar la ruina.

En los versículos 17 y 18 les presenta tres motivos para animarlos a venir y edificar “el muro de Jerusalén”. Primero, la ruina y la miseria extremas en las cuales ellos mismos y la ciudad se encontraban. Segundo, la gracia de Dios que lo había alentado: “La mano de mi Dios había sido buena sobre mí”. Tercero, las palabras del rey y su apoyo, ordenados por Dios, como dice en el versículo 8: “Según la benéfica mano de mi Dios sobre mí”. Por estas palabras vemos que Nehemías era de la familia espiritual de Esdras. Él contaba con Dios, quien respondía plenamente en gracia a su confianza (véase Esdras 7:6, 9, 28; 8:22, 31). Nehemías podía, como más tarde el Señor, dar testimonio de lo que había visto (Juan 3:11). Pero en vez de encontrar, como el Salvador, personas que no recibieran su testimonio, encontró corazones impulsados por su necesidad y el sentimiento de su miseria, y tuvo el gozo de escuchar de su boca estas palabras:

**Levantémonos y edifiquemos. Así esforzaron sus manos para bien (v. 18).**



Todo había sido preparado por Dios: el instrumento y los corazones para aceptar sus palabras de ánimo y sus exhortaciones.

Los enemigos Sanbalat, Tobías y Gesem se burlaban de este insignificante remanente y lo despreciaban. Estos hombres que no conocían a Dios, ¿cómo podían suponer que seres temerosos y débiles pudieran cumplir una obra juzgada imposible por el espíritu humano? Pero no se limitaron a esto y trataron de intimidar a quienes estaban decididos a ponerse manos a la obra resueltamente: “¿Os rebeláis contra el rey?”, exclamaron ellos. Pero nada de esto inquietó a Nehemías, quien respondió: “El Dios de los cielos, él nos prosperará, y nosotros sus siervos nos levantaremos y edificaremos, porque vosotros no tenéis parte ni derecho ni memoria en Jerusalén” (v. 20). Es el mismo principio que caracteriza al pueblo en Esdras 4:3. En efecto, tanto si se trata de levantar la casa como de edificar las murallas de la ciudad, este principio no cambia. *Para hacer la obra de Dios, el pueblo de Dios no puede asociarse al mundo, de ninguna manera, bajo cualquier forma que se presente.*

Uno de los caracteres dominantes del libro de Nehemías es que la separación de lo que no era judío está cuidadosamente afirmada y mantenida, a pesar de los principios relajados de algunos. “Vosotros no tenéis parte ni derecho ni memoria en Jerusalén”, está confirmado por la conducta subsiguiente del pueblo; y al no tomar conciencia de ello, sus jefes fueron reprendidos y avergonzados delante de todos (véase cap. 9:2; 10:30; 13:1, 3, 28, 30).

# La muralla

Antes de considerar detalladamente este capítulo, reflexionemos sobre lo que significa *para nosotros* la edificación de la *muralla*, de la misma manera que consideramos, en el libro de Esdras, cuál era el sentido típico de la reconstrucción del *templo*.

Trabajar en la edificación de la Asamblea, aportar los materiales a la casa de Dios y edificar sobre el fundamento que es Cristo, son cosas muy importantes para el cristiano (1 Corintios 3:10-16); pero este aún tiene otro deber: reconstruir las murallas de la ciudad santa.

Las murallas son a la vez una separación de la gente de fuera y una defensa contra los ataques del enemigo. Rodean, encierran la ciudad y hacen que esta sea un conjunto, formando así una unidad administrativa con sus leyes, sus costumbres, su gobierno propio, bastándose a sí misma, separada de elementos extraños y salvaguardada de toda mezcla. En Jerusalén, las murallas encerraban al pueblo de Dios y al mismo tiempo defendían el santuario.

Como medio de defensa, las murallas rechazan los asaltos del enemigo y ofrecen seguridad a los habitantes de la ciudad. Si aplicamos esta descripción a las circunstancias actuales, fácilmente veremos su importancia. El testimonio de la ciudad de Dios, Su habitación, la Iglesia, está arruinado por nuestra culpa, y se ha vuelto invisible a los ojos de los hombres. ¿Debemos abandonarlo en tal estado de destrucción? De ninguna manera. Si tenemos la inteligencia de Nehemías, comprenderemos que es urgente reunir a los habitantes de la ciudad celestial, trabajar por su unidad visible, *sabiendo perfectamente que esta unidad existe en los consejos de Dios*. Si Nehemías hubiera esperado que todos los habitantes de Jerusalén dispersados en Persia, en Media y en la provincia de Babilonia hubiesen vuelto a sus domicilios para iniciar la reconstrucción de la muralla, su misión habría sido vana y su actividad inútil. Cuando la ciudad estuvo cercada, Dios, como lo veremos, no la dejó desierta, y su Espíritu supo despertar el celo que, en cierta medida, vino a colmar el vacío producido por los ausentes. Comprenderemos, además, que frente al asalto, presentado por el mundo bajo la dirección de Satanás para impedir a los fieles desamparados perseverar en Cristo, tenemos que reconstruir la muralla que nos defienda. Esta muralla es Cristo, es Dios, es su Palabra, la Palabra de salvación y de alabanza (Zacarías 2:5; Jeremías 15:20; Isaías 60:18; 26:1), únicas garantías que tienen los hijos de Dios. Por último comprenderemos que el deber de cada siervo de Dios es separar la familia de la fe, los conciudadanos de los santos, de todo mal, bajo cualquier forma en que se presente: individual o colectivo, moral o doctrinal, religioso o mundano, carnal o terrenal, para que esta familia sea visible a los ojos del mundo y pueda ser reconocida por él.

“Levantémonos y edifiquemos” (cap. 2:18), dijo el pueblo. No hablemos de la imposibilidad de la obra. La imposibilidad es el lema del hombre, nunca el de Dios. [Y aunque seamos solo dos o tres fieles para edificar “frente” a nuestras casas, Dios nos aprobará, y su buena mano estará sobre nosotros!

No obstante, nuestro trabajo no consiste solo en levantar la muralla; también debemos ocuparnos de las *puertas*. El enemigo sabía bien lo que hacía al quemar las puertas de Jerusalén (cap. 2:3, 13, 17). Como la muralla, y aún más que ella, las puertas de una ciudad son de una importancia capital. Pueden estar abiertas para dejar entrar y salir libremente a los habitantes de la ciudad, pero también para excluir a todo elemento extraño, culpable, contagioso o criminal que haya elegido allí su domicilio. Las puertas están cerradas por la noche para que los ciudadanos no salgan en horas de peligro, pero también para no dejar entrar nada que sea contrario a las leyes de la ciudad y, sobre todo, para impedir la entrada de traidores que, aprovechando una falta de vigilancia, podrían abrirlas al enemigo.

De igual manera, la ciudad según Dios tiene sus puertas a través de las cuales el mundo y sus codicias, las doctrinas mentirosas, las herejías, los falsos hermanos, pueden introducirse o ser rechazados; por otra parte están abiertas de par en par a todo lo que es de Dios, de Cristo y de su Palabra.

[Ay! Cuando nosotros, como Nehemías, recorremos los escombros, solo encontramos ruinas en la gran casa que lleva el nombre de Cristo. Pero no nos desalentemos. Si de todo corazón queremos levantar las murallas, ocupémonos también en restaurar las puertas, y la buena mano de Dios estará con nosotros. No descansemos; animémonos mutuamente en el trabajo. Nuestra obra será débil e incompleta, pero no olvidemos que Dios la reconoce, y Él la sustituirá un día por su propia obra, en la nueva Jerusalén, donde las “puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche... No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:25-27). “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira” (Apocalipsis 22:14-15).

Estas palabras preliminares nos ayudarán para el examen detallado y la aplicación de este capítulo 3, que se divide en dos partes. La primera habla de la reconstrucción de la muralla que cercaba Jerusalén (v. 1-15); la segunda habla de esta reconstrucción en relación con la “ciudad de David” y el templo.

Animados por un hombre de fe, o más bien bajo la acción del Espíritu Santo que hablaba a través de este hombre, grandes y pequeños se levantaron con el corazón dispuesto a iniciar la obra.

Como es lógico, en primer lugar encontramos al jefe espiritual del pueblo, *Eliasib*, el sumo sacerdote, con sus hermanos los sacerdotes. “Entonces se levantó el sumo sacerdote Eliasib con sus hermanos los sacerdotes, y edificaron la puerta de las Ovejas. Ellos arreglaron y levantaron sus puertas hasta la torre de Hamea, y edificaron hasta la Torre de Hananeel” (v. 1). A primera vista, la extensión y ejecución de su obra parece no dejar nada que desear. La puerta de las Ovejas era la más próxima al templo, hacia el norte. La parte de la muralla reedificada comprendía dos torres, obras particularmente importantes y difíciles. La puerta de las Ovejas estaba provista de batientes, pero *carecía de cerrojos y cerraduras* (véase v. 3, 13-15). Así, pues, desde un principio, esta entrada de Jerusalén no estaba bien protegida contra aquellos que hubieran querido introducirse en la ciudad. Eliasib debía tener un interés particular en esto. [Era aliado de Tobías el amonita, uno de los tres grandes adversarios del pueblo de Dios, y le había preparado una habitación en los atrios del templo! (cap. 13:5, 7). Un nieto de este mismo Eliasib era yerno del segundo gran adversario de los judíos, Sanbalat el horonita. ¿Mostraba aquí Eliasib su mala fe? Nadie puede decirlo, pero hay constancia de que la alianza con el mundo imprime a nuestra obra un carácter inconcluso que el enemigo aprovecha ocasionalmente. Esta negligencia es más grave todavía cuando el obrero, como aquí, tiene gran responsabilidad en medio del pueblo. Sin embargo, era un trabajo de mucha importancia puesto que tenía que ver con la casa de Dios, un trabajo del que Dios tenía cuidado, pero que habría dejado la puerta abierta a una pronta e irremediable ruina si no hubiera estado vigilado por Nehemías.

Junto a los sacerdotes edificaron *los hombres de Jericó* (v. 2). Estos vinieron de su ciudad (Esdras 2:34, 70; Nehemías 7:36) con el propósito de ayudar a sus hermanos de Jerusalén. Su trabajo no es llamativo: no edificaron ni puerta ni torre, pero contribuyeron a la defensa de la ciudad contra el mal de fuera. Una parte de esta tarea fue confiada a un solo hombre, *Zacur* hijo de Imri. Los instrumentos que Dios emplea son muy variados, pero cada uno es útil y ninguno puede buscar su reemplazo o escoger por sí mismo su trabajo. Que sean varios asociados o uno solo, cada uno debe trabajar en la obra que Dios le ha asignado.

Los *hijos de Senaa* (v. 3; quizás una ciudad o un distrito en la región de Jericó) se distinguen después de los de este lugar. “Edificaron la puerta del Pescado; ellos la enmaderaron, y levantaron sus puertas, con sus cerraduras y sus cerrojos”. Esta puerta, situada al norte de Jerusalén, con “la puerta Vieja”, estaba particularmente expuesta a los ataques del enemigo. Fue por ese lado que los ejércitos asirios abordaron la ciudad para sitiarla y conquistarla. Los hijos de Senaa eran conscientes de ello y no cesaron el trabajo hasta que los cerrojos y las cerraduras de las puertas estuvieron en su lugar.

En los versículos 4 y 5 vemos primero a *Meremot*, hijo de Urías el sacerdote, hombre respetado y fiel, en manos de quien los compañeros de Esdras habían puesto todos los dones voluntarios enviados de Babilonia a Jerusalén (Esdras 8:33-34). Su celo lo llevó más allá de la restauración de una simple porción de la muralla. Fue el primero, aunque otros lo imitarían después, que reparó “otro tramo” (relacionado con la ciudad de David y el templo) delante de la casa de Eliasib el sumo sacerdote. Su celo también lo llevó a defender al representante del pueblo ante Dios (v. 21). Lo mismo ocurrió en tiempo de los apóstoles; e igual ocurre para nosotros hoy día. La fidelidad manifestada en un servicio de poca importancia, seguidamente califica al obrero para una actividad que se relaciona directamente con Cristo, nuestro sumo sacerdote.

*Mesulam*, mencionado después de Meremot en este capítulo, era un hombre de carácter dudoso, aliado de Tobías, a cuyo hijo, llamado Johanán, había dado su hija (cap. 6:18). Según todos los indicios, era de linaje sacerdotal, y tal vez Eliasib ejerció, por su ejemplo, alguna influencia sobre él. A pesar de esta alianza inadecuada, demostró su celo por la casa de Dios, pero nunca tanto como Meremot. Si más tarde trabajó en la “ciudad de David”, fue, ante todo, para garantizar su propia morada (v. 30). Después de él, *Sadoc* fue uno de aquellos que no temieron emprender aisladamente el trabajo, con todos sus riesgos y peligros. Al lado de estos tres hombres restauraron los *tecoítas*. Estos pertenecían a una ciudad de Judá, cerca de Belén (Amós 1:1; 2 Samuel 14:2). “Pero sus grandes no se prestaron para ayudar a la obra de su Señor” (v. 5). Esta falta de celo, esta indiferencia de los principales, afortunadamente no tuvo para el conjunto las consecuencias tan frecuentes en casos parecidos. Al contrario, los *tecoítas*, que no fueron apoyados por sus jefes, redoblaron su celo. En el versículo 27 se les ve reparar en la ciudad de David “otro tramo, enfrente de la gran torre que sobresale, hasta el muro de Ofel”. Ofel, donde se encontraban las moradas de los netineos o sirvientes, estaba vinculada con una de las puertas del templo. Encontramos la citación de este lugar en Isaías 32:14: “Ofel y la torre” (V. M.).

*Joiada* hijo de Paseah, y *Mesulam* hijo de Besodías (v. 6), dos hombres sin notoriedad en las Escrituras, repararon “la puerta Vieja”, puerta situada al noroeste del recinto y, por su nombre, sin duda una de las más antiguas de la ciudad. Estos dos hombres se asociaron para realizar este importante trabajo, mientras para una obra similar había sido necesario el concurso de todos los hijos de Senaa. El acuerdo de estos dos desconocidos produjo un resultado considerable, lección muy instructiva para nosotros. La palabra “junto a ellos”, usada en este capítulo, no es mencionada cuando se trata de su obra. Ellos ocuparon un lugar aparte, sin depender en ninguna manera de sus hermanos, aunque contribuyeron a la obra común. Hombres como estos adquieren categoría. Su trabajo denota una gran conciencia; nada faltó a la puerta que construyeron, ni maderaje, ni batientes, ni cerraduras, ni cerrojos. Además sirvieron de modelo a los otros.

En efecto (v. 7), Melatías *gabaonita* y Jadón *meronotita*, un *galileo*, repararon “junto a ellos”. El origen obscuro o despreciado de estos dos personajes no lo es a los ojos de Dios, aunque lo sea a los de los hombres.

Uziel hijo de Harhaía, de los *plateros*, y Hananías hijo de un *perfumero* (v. 8), no estaban asociados como sus predecesores, aunque trabajaron en común. Sus funciones, que servían al lujo del mundo, no eran incompatibles con la reconstrucción de la ciudad de Dios, porque el Señor escoge sus obreros en todas partes y en todas las posiciones, y no donde los hombres tendrían la tentación de buscarlos exclusivamente.<sup>1</sup>

---

1. Cierta confusión en el texto haría pensar que los caldeos no habían destruido completamente este lado del muro (así como “el Muro Ancho”), lado del cual la “puerta de Efraín”, que no se menciona aquí, formaba parte (véase cap. 8:16). La “plaza” de la puerta de Efraín, cercada antiguamente por el muro, parece que no estaba comprendida en la reconstrucción (véase el cuadro).

Esta misma observación se aplica a *Refaiás* hijo de Hur, “gobernador de la mitad de la región de Jerusalén” (v. 9). Ocurre lo mismo con *Salum*, hombre respetable que cumplía las mismas funciones que Refaiás; sobre él la Palabra solamente añade: “Él con sus hijas” (v. 12). Aquí el trabajo está en manos de mujeres, pero como se trata de un trabajo público, lo hacen bajo la responsabilidad y dependencia de su padre. Es sorprendente verlas, por amor a la ciudad de Dios y a la restauración de su pueblo, someterse a una obra que no les correspondía y en la que sus fuerzas parecerían insuficientes.

*Jedaiás* (v. 10) restauró “frente a su casa”. Su primera preocupación fue preservar su propia familia de las invasiones del enemigo. Igualmente hicieron Benjamín, Hasub, Azarías (v. 23), los sacerdotes y Sadoc (v. 28-29). Todos estos comenzaron por proteger a los suyos; y como en todos los tiempos, esto es deseable y provechoso entre los santos. ¿Cómo defender al pueblo de Dios, si no se sabe proteger del mal a su propia casa? Este mismo celo hizo honor a Gedeón, cuando fue llamado a juzgar a Israel (Jueces 6:15-35).

En el versículo 11, el ejemplo de Joiada y de Mesulam continúa dando frutos. Dos hombres, *Malquías* y *Hasub*, repararon la torre de los Hornos, que dominaba toda la muralla al occidente, trabajo muy importante tanto para señalar los peligros como para la defensa; pero estos dos hombres emprendieron aún “otro tramo”, prueba de su celo infatigable.

*Hanún* y los *moradores de Zanoa* (v. 13) repararon la puerta del Valle al sudoeste de la ciudad, con el mismo cuidado que los hijos de Senaa; pero hicieron además mil codos del muro hasta la puerta del Muladar, al sudeste, es decir, toda la parte de la muralla que mira directamente al sur. [Qué celo! Y parece que Hanún (si es el mismo) no se contentó con esto, sino que reparó otro tramo (v. 30).

*Malquías* hijo de Recab (v. 14), conocido jefe, reparó la puerta del Muladar al sudeste. Fue el primero que, estando *solo*, reedificó una puerta. Subrayemos su calidad de recabita, que lo calificaba para la perseverancia en la fe.

*Salum* (v. 15), otro jefe reconocido, fue más allá todavía. Reparó por sí solo la puerta de la Fuente al oriente, la puso en estado de defensa y reedificó “el muro del estanque de Siloé hacia el huerto del rey, y hasta las gradas que descienden de la ciudad de David”. [Bienaventurado Salum, y cuán digno del respeto y la gratitud del pueblo! La puerta que protege, las aguas que refrescan y curan, las sombras que brindan reposo, entraron en el círculo de su actividad. ]Jerusalén le debe el disfrute de estas bendiciones inapreciables, resultados de su energía para procurar el bien de sus hermanos!

Con el versículo 16 abordamos la ciudad de David propiamente dicha. Partiendo del norte de esta ciudad, construida, con el templo, sobre el monte Sion, hemos recorrido el contorno de la ciudad, para llegar al sur de la ciudad de David, a las gradas por las que se desciende. Solo faltaba reparar la última y más importante parte de la ciudad santa, preservada de todo ataque directo del enemigo por su posición y su elevación sobre el valle de Cedrón. La topografía incierta de esta región hace que ciertos detalles sean difíciles de comprender, pero como solo tienen un interés muy secundario para el propósito de estas páginas, pueden ser fácilmente omitidos. Observemos que a partir del versículo 16, las palabras “junto a ellos” son generalmente reemplazadas por “después de él”, lo que parece indicar que la obra pudo ser emprendida por varios lados a la vez.

*Nehemías* hijo de Azbuc (v. 16) nos es desconocido como muchos otros, aunque aquí ocupe una posición eminente. Mediante su actividad abrió el acceso a los trabajos más importantes.

Los versículos 17 a 21 nos muestran el trabajo de los *levitas*. *Rehum* había subido con Zorobabel (cap. 12:3). Más tarde fue uno de los firmantes del pacto (cap. 10:25); de igual manera *Hasabías* (cap. 10:11), quien reparó “por su región”, y también fue un jefe de los levitas especialmente establecido para la alabanza (cap. 12:24). De todas maneras estos dos hombres estaban calificados para trabajar el uno junto al otro. *Bavai* (v. 18) tenía la misma dignidad y el mismo distrito que Hasabías, pero no es mencionado más adelante. *Ezer* ocupó un buen lugar durante el encuentro de los coros, en la dedicación de la muralla

(cap. 12:42). *Baruc* (v. 20) parece ser hijo de ese Zabai que había tomado una mujer pagana (Esdras 10:28). Semejante hecho ocurrido en su familia debía producir en este hombre piadoso una mayor vigilancia para preservar de contactos profanos el estado sacerdotal. Restauró “con todo fervor” desde el ángulo hasta la entrada de la casa de Eliasib, el sumo sacerdote, quien como hemos visto tenía una urgente necesidad de este cuidado. *Meremot* (v. 21), ya mencionado en el versículo 4, había sido fiel desde el principio. Como Baruc, y aún más que él, sintió el peligro que amenazaba al sumo sacerdote. Su segunda porción en la obra resultó sumamente valiosa; reparó, de acuerdo con Baruc, “desde la entrada de la casa de Eliasib hasta el extremo de la casa de Eliasib”.

A partir del versículo 22 encontramos a los sacerdotes; los de la llanura del Jordán no parecen haber tenido un propósito especial. *Benjamín* (v. 23) tomó parte más adelante en la dedicación de la muralla (cap. 12:34). Hasub firmó el pacto (cap. 10:23). *Azarías*, que como Benjamín y Hasub buscaron preservar su casa, más tarde fue particularmente distinguido: explicó la ley al pueblo (cap. 8:7), firmó el pacto (cap. 10:2), tomó parte en la dedicación de la muralla (cap. 12:33). No se habla del “otro tramo” de *Binúí* (v. 24), lo cual parece indicar que ayudaba a Azarías en la protección de su casa. Este Binúí también firmó el pacto (cap. 10:9). *Palal* reparó teniendo bajo sus ojos a los testigos de la autoridad real y del juicio de los culpables (v. 25). En este versículo encontramos a *Pedaías* hijo de Faros. Varios de sus hermanos habían tomado mujeres paganas (Esdras 10:25). Más tarde asistió a la lectura del pacto (cap. 8:4) e hizo las reparticiones entre los levitas (cap. 13:13). Aquí parece ocuparse de la porción de los servidores (netineos) en Ofel (v. 26). Los sacerdotes (v. 28), como muchos otros, tomaron muy a pecho su propia casa, mas parece que no se ocuparon de la “puerta de los Caballos”. *Sadoc*, hijo de Imer (v. 29), no es el mismo Sadoc del versículo 4. Uno u otro firmó más tarde el pacto (cap. 10:21) y fue establecido sobre los almacenes (cap. 13:13).

*Semaías*, hijo de Secanías, fue el guardián de la puerta Oriental, puerta principal de la muralla del templo. Más tarde es mencionado en todas las grandes ocasiones. Si Secanías, su padre, hubiera sido guardián de la puerta, Jerusalén habría corrido un gran peligro a causa de Tobías (cap. 6:18). *Hananías* y *Hanún* repararon un segundo tramo (v. 30; comp. v. 8, 13). *Malquías* (v. 31) había tomado una mujer pagana (Esdras 10:25, 31) y se había purificado. En el versículo 32, un gran número de plateros u orfebres y comerciantes se ponen a trabajar y completan las murallas de la ciudad de David hasta la puerta de las Ovejas, donde el trabajo había comenzado.

La mayoría de estos hombres adquiere, como hemos visto, una importancia por su celo en edificar la muralla de la ciudad de David. ¿No deberíamos sacar una lección para nosotros mismos? El mutismo y la incapacidad de muchos hijos de Dios en el ministerio proviene, en gran parte, de que cuando al principio Dios puso ante ellos un trabajo que realizar para Él (trabajo que requería esfuerzo, perseverancia y sacrificio de su tiempo), prefirieron, como los principales de los tecoítas, no prestarse para el servicio de su Señor.

## Obstáculos de fuera

En el capítulo 3 vimos un resumen completo e ininterrumpido de la reconstrucción de los muros de Jerusalén. El capítulo 4 nos muestra lo que ocurrió durante el desarrollo de esta obra. “Cuando oyó Sanbalat que nosotros edificábamos el muro, se enojó y se enfureció en gran manera, e hizo escarnio de los judíos. Y habló delante de sus hermanos y del ejército de Samaria, y dijo: ¿Qué hacen estos débiles judíos? ¿Se les permitirá volver a ofrecer sus sacrificios? ¿Acabarán en un día? ¿Resucitarán de los montones del polvo las piedras que fueron quemadas? Y estaba junto a él Tobías amonita, el cual dijo: Lo que ellos edifican del muro de piedra, si subiere una zorra lo derribará” (v. 1-3).

Estos enemigos encarnizados de los judíos los odiaban tanto más porque ellos mismos tenían algún conocimiento del verdadero Dios. Sanbalat estaba a la cabeza de las fuerzas de Samaria, donde el culto idólatra no estaba completamente separado del culto a Dios. Esto siempre se encontrará. En materia de religión, la mezcla de lo verdadero con lo falso es mucho más hostil al testimonio cristiano que el simple paganismo. El mundo, que ha compuesto su religión de la Biblia y los evangelios, y ha hecho su credo de ciertas verdades bíblicas, frecuentemente encabeza esta oposición. No puede soportar a aquellos que construyen la muralla y las puertas de la ciudad de Dios, porque estas defensas son contra él. Su hostilidad comienza por la burla, que asusta a los tímidos más que el odio. Era una de las armas de Sanbalat (cap. 2:19; 4:1). Todos experimentamos fácilmente la influencia de ella, si nuestros corazones no han roto con las antiguas asociaciones mundanas. En este caso tendremos miedo al ridículo y al desprecio, y retrocederemos ante una asociación o identificación pública con este pueblo humillado, con estos “débiles judíos” que tienen la pretensión de reparar las brechas y ayudar a sus hermanos a rechazar los ataques del adversario.

En los versículos 4 y 5 Nehemías reclama la venganza de Dios sobre estos hombres, “porque se airaron contra los que edificaban”. Nosotros no podemos dirigir a Dios semejante súplica, porque nuestro clamor ante él no es ni puede ser sino el de la gracia. Pero sabemos que Dios siente como un ultraje la enemistad del mundo contra la familia de la fe. “Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan” (2 Tesalonicenses 1:6). Además, de lo que sí estamos seguros es que la oposición del enemigo no impedirá que la obra de Dios se realice. Solo necesitamos la fe que confía en Dios y el Espíritu que fortalece nuestros corazones para la obra. Nehemías añade: “Edificamos, pues, el muro, y toda la muralla fue terminada hasta la mitad de su altura, porque el pueblo tuvo ánimo para trabajar” (v. 6). Trátese de defender Jerusalén o de conquistarla, estos principios permanecen inmutables. Tobías dijo: “Lo que ellos edifican del muro de piedra, si subiere una zorra lo derribará”, pero Nehemías dijo: “Edificamos, pues, el muro”. Los jebuseos decían a David: “Tú no entrarás acá, pues aun los ciegos y los cojos te echarán”; pero David “tomó la fortaleza de Sion” (2 Samuel 5:6-7).

Acabamos de ver la oposición que encontró la edificación de la primera mitad de los muros de Jerusalén (v. 6); pero cuando las brechas comienzan a cerrarse, la ira de los enemigos aumenta. “Y conspiraron todos a una para venir a atacar a Jerusalén y hacerle daño” (v. 8). ¿Qué sería de este pobre pueblo, no frente a la reacción de individuos aislados, sino frente a una coalición animada por un mismo designio asesino? El versículo 9 nos muestra que, ante casos parecidos, dos cosas son necesarias: “Entonces oramos a nuestro Dios, y por causa de ellos pusimos guarda contra ellos de día y de noche”. La primera es la confianza en Dios y la dependencia de él, expresada mediante la oración.

**Entonces oramos a nuestro Dios.**



Él es el gran recurso. Esta convicción hizo decir a Nehemías un poco más adelante: “No temáis delante de ellos; acordaos del Señor, grande y temible” (v. 14). Y luego: “Nuestro Dios peleará por nosotros” (v. 20). En Dios está nuestra fuerza: ella siempre nos es ofrecida cuando tomamos ante él una posición de dependencia. La segunda es la vigilancia: “Y por causa de ellos pusimos guarda contra ellos de día y de noche”. Estas dos cosas son inseparables: “Sed, pues, sobrios, y velad en oración” (1 Pedro 4:7).

[A pesar de estas palabras, el desaliento se apoderó de Judá! “Dijo Judá: Las fuerzas de los acarreadores se han debilitado, y el escombros es mucho, y no podemos edificar el muro” (v. 10). [Cuántas veces, cuando la tarea es abrumadora y el enemigo poderoso, hemos visto que este desaliento se produce, o lo hemos experimentado personalmente! La carga es demasiado pesada, hay muchos escombros, y no podemos edificar el muro. Sin duda, los que razonaban así no se habían asociado a la oración de Nehemías o al establecimiento de los centinelas. En lugar de mirar a Dios, se miraban a sí mismos y a los obstáculos.

Si Nehemías hubiera escuchado estas quejas, ¿qué habría ocurrido con Judá, puesto que durante ese tiempo el enemigo se aprovechaba de todo? “No sepan, ni vean, hasta que entremos en medio de ellos y los matemos, y hagamos cesar la obra”, decían los adversarios (v. 11).

Otro hecho penoso se añade a esta confusión. Los judíos que “habitaban entre ellos” venían hasta diez veces para avisar a los trabajadores de Jerusalén. Aparentemente estos judíos no tenían malas intenciones, pero sus relaciones con los adversarios no eran el elemento necesario para fortalecer el corazón del pueblo. En días turbios, cuántas veces hemos oído avisos procedentes de esos vecinos: [No los quieren, y el enemigo es poderoso! [Tengan cuidado, si persisten provocarán un ataque general! Observemos que estos informantes no tenían ningún remedio que proponer, al contrario, aumentaban el miedo de los débiles. Pero en esas advertencias el hombre de Dios, ya convencido del camino que debe seguir, saca nuevas fuerzas y se reanima. Gracias a la energía que encuentra en la comunión con Dios, la escena cambia, y aquellos del pueblo que hasta aquí solo eran trabajadores, se convierten en soldados, prestos a rechazar al enemigo.

Para trabajar eficazmente en la obra de Dios, en los días difíciles que vivimos, nosotros los cristianos también debemos revestirnos de estos dos caracteres: la perseverancia y la energía. Aquí encontramos diversas clases de combatientes. Al comienzo, cuando el ataque es inminente, todos sin distinción toman las armas. “Puse al pueblo por familias, con sus espadas, con sus lanzas y con sus arcos”, dice Nehemías (v. 13). Así todo estaba previsto: la espada para el combate cuerpo a cuerpo, la lanza para mantener al enemigo a distancia, el arco para alcanzarle de lejos. Para nosotros, la Palabra de Dios incluye a la vez todas estas armas, cuyo propósito es combatir por nuestros hermanos (estos se nombran en primer lugar), por nuestros hijos e hijas, por nuestras mujeres y por nuestras casas (v. 14).

Cuando esta actitud decidida desbarató el consejo del enemigo, volvieron “todos al muro, cada uno a su tarea” (v. 15). “Desde aquel día la mitad de mis siervos trabajaba en la obra, y la otra mitad tenía lanzas, escudos, arcos y corazas” (v. 16), es decir, las armas ofensivas y defensivas. Los que acarreaban y los que cargaban, con una mano trabajaban en la obra y en la otra tenían la espada. En fin, cada uno de los que edificaban tenía su espada ceñida a su cintura.

Todos estos hechos contienen una enseñanza para nosotros. Defender la obra de Dios contra el enemigo es, en ciertos peligros apremiantes, deber de todos. En otros momentos esta actitud exclusiva podría tener como resultado un retraso de la obra. La armadura ofensiva y defensiva se confía entonces a determinados hermanos. Pero los que ayudan en el trabajo y los que trabajan tiempo completo jamás deben excluir la vigilancia. Y si no pueden tener el arma en la mano, que ciñan la espada a su cintura. Que ningún hijo de Dios deje enteramente a otros el cuidado de servirse de la Palabra, esta espada de

dos filos. Unos pueden estar más calificados que otros para aplicarla en cualquier momento y circunstancia; pero no es menos cierto que todos debemos llevarla por doquier, y que cada miembro de la familia de Dios debe poder utilizarla en cada ocasión.

Evidentemente, tal actitud no convenía al enemigo. En el momento en que los trabajadores se ceñían sus espadas, el enemigo hubiera podido decirles: Confíen sus espadas a otros más calificados para combatir. Ocúpense de su obra y no traten de hacer dos cosas a la vez. No se inquieten por lo demás y todo irá bien. Mas el trabajador responde: No, todo no irá bien si yo me dejo engañar por sus palabras. Dejar al Señor obrar es un privilegio inapreciable, pero yo debo combatir por él. Decir: El Señor obrará, aún cuando yo abandoné la espada del Espíritu, la vigilancia, la oración, la perseverancia, llevará a una derrota segura.

Pero aun esto no era suficiente. Nehemías dijo a los jefes: “La obra es grande y extensa, y nosotros estamos apartados en el muro, lejos unos de otros. En el lugar donde oyereis el sonido de la trompeta, reuníos allí con nosotros; nuestro Dios peleará por nosotros” (v. 19-20). Para que el trabajo sea eficaz, debe realizarse en conjunto. Cuando el enemigo se presente, los fieles no deben estar dispersos, pues si no hay resistencia de conjunto sobre el punto de ataque, seguramente sucumbirán. El adversario aprovecha la dispersión de los hijos de Dios; lo más desfavorable para él es su reagrupamiento, porque sabe que así sus fuerzas se multiplican. Por eso su primer interés cuando los ataca es sembrar la discordia y las divisiones entre ellos. Por lo tanto el llamado divino: “Reuníos allí con nosotros” resuena todavía por todas partes, como en los días de Nehemías. Nosotros tenemos un punto de reunión. Reunámonos alrededor *del Jefe*. La trompeta ya ha sonado bastante fuerte como para que todos la hayan oído. Apresurémonos y no digamos: Mi obra me basta. No, dice el Jefe, no basta, porque si el enemigo los encuentra aislados, los destruirá junto con su obra. El peligro es amenazador. Agrupémonos en lugar de dispersarnos. Oigamos lo que el Espíritu dice a las asambleas. Es bueno construir enfrente de su casa, pero hay intereses generales del pueblo de Dios que reclaman toda nuestra energía para el bien de nuestros hermanos. Es para esto que la trompeta nos alerta. Pronto, cuando el combate termine, la trompeta nos congregará por última vez allí donde ya no habrá nada que construir, ni defender, donde gozaremos en paz de un reposo eterno.

## Obstáculos de dentro

En el capítulo 4 vimos la necesidad de estar armados para cumplir la obra del Señor, porque a cada instante podemos ser llamados a combatir al enemigo.

El capítulo 5 nos presenta una escena muy humillante. Si el testimonio del pueblo hacia el exterior estaba acompañado de una actividad digna de elogios, su testimonio interior dejaba mucho que desear y era estorbado por hechos tristes. ¿Dónde estaban las relaciones fraternales entre los miembros del pueblo de Dios? ¿Había abnegación, piedad, simpatía para con los pobres, se manifestaba el verdadero amor? No. “Entonces hubo gran clamor del pueblo y de sus mujeres contra sus hermanos judíos” (v. 1). [Un gran clamor, quejas y recriminaciones perfectamente justificadas!

Los pobres pedían trigo para vivir (v. 2). ¿Dónde estaba el amor? Cuando hubiera sido necesario que los ricos de entonces dieran sus vidas por sus hermanos, según el ejemplo de Cristo, ¿les ayudaban en las cosas ordinarias de la vida?

“ El que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? (1 Juan 3:17),

o también: “Si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2:15-17).

Otros decían: “Hemos empeñado nuestras tierras, nuestras viñas y nuestras casas, para comprar grano, a causa del hambre” (v. 3). ¿Quién había abusado de ellos cuando, sufriendo hambre, necesitaban pan? Sus propios hermanos, aunque la ley de Moisés lo prohibía. El israelita podía prestar a los extranjeros, pero no podía exigir interés de su hermano (Deuteronomio 23:19-20; Éxodo 22:25). Así el amor al lucro les había hecho cometer este gran pecado.

“Había quienes decían: Hemos tomado prestado dinero para el tributo del rey, sobre nuestras tierras y viñas. Ahora bien, nuestra carne es como la carne de nuestros hermanos, nuestros hijos como sus hijos; y he aquí que nosotros dimos nuestros hijos y nuestras hijas a servidumbre, y algunas de nuestras hijas lo están ya, y no tenemos posibilidad de rescatarlas, porque nuestras tierras y nuestras viñas son de otros” (v. 4-5). Este tributo del rey (Esdras 6:8; 4:20) les era exigido. Por eso algunos se vieron obligados a pedir prestado a sus hermanos, empeñando sus campos y sus viñas; luego, al no poder pagar su deuda, no solamente perdían la tierra, sino que debía empeñar a sus hijos como esclavos, sin poder rescatarlos, porque los campos estaban en manos de sus hermanos. [Qué suerte tan miserable! Esto nos demuestra que un testimonio exterior correcto no es una seguridad para nosotros, porque podría convertirse en una enorme trampa en nuestra vida práctica, puesto que la satisfacción de ocupar una posición de separación del mundo puede alimentar nuestro orgullo espiritual y hacernos pasar ligeramente sobre nuestra relajación moral en el trato con nuestros hermanos. Jeremías también puso al pueblo en guardia contra este peligro: “No fieis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este. Pero si mejorareis cumplidamente vuestros caminos y vuestras obras; si con verdad hicieréis justicia entre el hombre y su prójimo, y no oprimiereis al extranjero, al huérfano y a la viuda... os haré morar en este lugar” (Jeremías 7:4-7).

Ante este desorden Nehemías se irritó mucho. No pidió consejo a nadie sobre lo que debía hacer, como tampoco lo había hecho la noche en que recorrió los muros de Jerusalén. Sabía cuál era su deber tanto en lo concerniente al testimonio público como en cuanto a la vida moral del pueblo. No temió desenmascarar a los principales frente a una gran congregación; el respeto humano no lo frenaba cuando se trataba de la verdad. Fue así como Pablo reprendió a Pedro *delante de todos* en Antioquía, y le resistió “cara a cara, porque era de condenar” (Gálatas 2:11, 14). Aquí Nehemías muestra a los nobles y a los jefes

que sus hermanos, quienes moraban entre las naciones, obraban de otra forma y mucho mejor que ellos. Aquellos habían rescatado a sus hermanos, vendidos como esclavos a los gentiles, [y aquí ellos querían venderlos! ¿Y se venderían a nosotros? [Qué vergüenza!

De estas cosas también podemos sacar una enseñanza para nosotros. Hay hermanos que aunque todavía están ligados al mundo de muchas maneras, a menudo se conducen mucho mejor, por su abnegación para con sus hermanos, que otros que insisten fuertemente sobre la separación exterior. Si estas dos cosas no concuerdan, el testimonio cristiano carece de valor real. Pero no olvidemos que el mundo se impresionará más por un testimonio dado bajo la forma del amor fraternal, que bajo la de la separación exterior. Por eso Nehemías dijo a los principales: “No es bueno lo que hacéis. ¿No andaréis en el temor de nuestro Dios, para no ser oprobio de las naciones enemigas nuestras?” (v. 9).

Su propia posición, la abnegación sin reserva para su pueblo, el renunciamiento a sus propios intereses, permitían a Nehemías hablar así. Su conducta privada estaba de acuerdo con su conducta pública. Por eso podía decir: “Pero yo no hice así, a causa del temor de Dios. También en la obra de este muro restauré mi parte, y no compramos heredad; y todos mis criados juntos estaban allí en la obra” (v. 15-16). Él también tenía el derecho del gobernador, es decir, de ser alimentado a costa del pueblo, pero renunció a ello. Lo mismo hizo el apóstol Pablo en Corinto. El que sirve al altar, tiene derecho a vivir del altar, y esto es para todos los ministerios, pero Pablo no aceptó nada de los corintios, para servir de ejemplo a esta querida asamblea que peligraba por causa de los que la despojaban. Nehemías utilizaba su propio haber para alimentar cada día 150 judíos y jefes, sin contar los huéspedes ocasionales. Estaba, pues, calificado para exhortar, y aún más para exigir que esta situación cesase.

Gracias a Dios tuvo el gozo de recibir una respuesta. Sus exhortaciones, ¿alcanzaron profundamente la conciencia de los culpables? No sabríamos decirlo. En todo caso, sus palabras parecen algo frías para personas humilladas y contritas: “Lo devolveremos, y nada les demandaremos; haremos así como tú dices” (v. 12). Sea como sea, obedecieron, y este simple acto de obediencia produjo el gozo en Israel: “Respondió toda la congregación: [Amén! y alabaron a Jehová. Y el pueblo hizo conforme a esto” (v. 13).

Nehemías se volvió entonces hacia Dios, como lo haría frecuentemente en lo sucesivo: “Acuérdate de mí para bien, Dios mío, y de todo lo que hice por este pueblo” (v. 19). Su humilde corazón estaba seguro de que Dios lo aprobaba; pudo presentarse delante de Dios y de los hombres con una buena conciencia. Había abandonado todos los derechos de gobernador (Tirsatha) por el servicio del Señor y de su pueblo, y no dudaba de que era agradable a Dios. Lo que daba tal autoridad a sus exhortaciones era que podía decir con toda verdad: Marchad según el modelo que habéis visto en mí.

## Ataques personales

Hemos dicho que el capítulo 3 contiene una descripción de *conjunto*, comprendiendo todo el período durante el cual la muralla fue reconstruida. Los capítulos 4 al 6 nos presentan las dificultades que el pueblo encontró durante ese trabajo. El capítulo 4 muestra el esfuerzo de los enemigos para obligar a los obreros a cesar su trabajo. Este esfuerzo fue anulado por la *energía* de Nehemías, quien hizo tomar las armas a los hombres de Judá, sin abandonar su carácter de obreros. En el capítulo 5 vimos la acción de Satanás para crear el descontento y las disputas entre hermanos llamados a una obra común. El *ejemplo* de Nehemías, sacrificando sus derechos y sus intereses por el bien de sus hermanos, sirvió poderosamente para apaciguar los espíritus, procurando el gozo y la paz.

El capítulo 6 nos presenta el asalto de los enemigos bajo una nueva forma. Nehemías era el instrumento empleado por Dios en estas circunstancias tan difíciles: los adversarios trataron de eliminarlo. Si su plan triunfaba, toda la obra caería con el siervo a quien Dios la había confiado. Este intento, el más peligroso de todos, fue contrarrestado, como lo veremos en el curso de este capítulo. Aquí Nehemías muestra cualidades extraordinarias para resistir al asalto del enemigo; pero en él sobresale su plena confianza en Dios y una absoluta desconfianza de sí mismo. En el versículo 9 su confianza se traduce por estas palabras:

Ahora, pues, oh Dios, fortalece tú mis manos.



Sabía que no tenía ninguna fuerza en sí mismo y la buscaba en Dios.

El ataque dirigido contra la persona de Nehemías presenta dos caracteres sucesivos que debemos tener en cuenta. El más peligroso es, como siempre, el último. El enemigo usa una hábil progresión en esta empresa, y solo al final lanza sus mejores tropas de reserva contra aquel a quien quiere destruir. En los versículos 1 a 9, el ataque viene de fuera; en los versículos 10 a 14 es infinitamente más peligroso, porque nace en el recinto mismo de Jerusalén.

Versículos 1 a 9. La muralla estaba reconstruida, pero las hojas de las puertas todavía no habían sido colocadas. En pocos días, la ciudad estaría al abrigo de una sorpresa. Antes de que fuera demasiado tarde, el enemigo se apresuró a sacar provecho de esta deficiencia. En primer lugar quiso eliminar al conductor del pueblo. Sanbalat y sus socios lo invitaron a un encuentro “en alguna de las aldeas en el campo de Ono”. Nehemías les respondió con gran *prudencia*: “Yo hago una gran obra, y no puedo ir; porque cesaría la obra, dejándola yo para ir a vosotros” (v. 3). Frente a la sugerencia mediante la cual querían sorprenderle, Nehemías antepuso la importancia de su trabajo. Es como el “Ocúpate en estas cosas” de 1 Timoteo 4:15.

Esta negativa no desalentó al enemigo. A menudo sucede que empezamos rechazándole categóricamente, pero luego, cansados de luchar, terminamos cediendo. Después de cuatro infructuosos ensayos, Sanbalat intentó una quinta vez con una astucia más peligrosa. Envío a su criado con una *carta abierta* en su mano. Todo el mundo podía conocer su contenido; el enemigo no ponía obstáculos para hacerla conocer, porque era necesario que las acusaciones y las amenazas contenidas en la carta llegasen a oídos del pueblo, para conseguir simpatizantes a Sanbalat.

Estas acusaciones y amenazas estaban resumidas en cinco puntos:

1. Se ha oído entre las naciones, y Gasmu lo dice, que tú y los judíos pensáis *rebelaros*.
2. La construcción del muro no tiene otro propósito.
3. “Y aun se dice” (V. M.) (¿cuánto asustan los rumores a las almas!) que tienes ideas ambiciosas. Piensas ser el rey y vas a ser

acusado de querer sustituir al soberano.

4. Este propósito, siempre de acuerdo con los rumores que corren, buscas realizarlo a través de profetas establecidos por ti, para que digan: [Hay un rey en Judá!
5. [Ahora se van a comunicar estas cosas al rey!

En esto había motivos para hacer doblegar al más valiente. Sospechas sobre el carácter y el propósito del siervo de Dios; temor de ver su conducta calumniada ante el rey, quien había puesto su confianza en él. La conclusión de la carta era una invitación, repetida por quinta vez: “Ven, por tanto, y consultemos juntos” (v. 7).

Nehemías no ignoraba las intenciones del enemigo; sabía que para que huyera tenía que resistirle; así opuso la *verdad* a las mentiras que trataban de asustarle: “Entonces envié yo a decirle: No hay tal cosa como dices, sino que de tu corazón tú lo inventas” (v. 8). Además, según su costumbre, acompañó sus actos con la oración a Dios: “Ahora, pues, oh Dios, fortalece tú mis manos” (v. 9). [Qué bien hace confiar en Dios! Si el enemigo viene hacia nosotros, no le temamos: perseverando en la oración hallaremos la liberación en el momento oportuno.

El segundo esfuerzo de Satanás, más peligroso que el anterior, nació en la misma Jerusalén (v. 10-14). Semaías, de posible origen sacerdotal, asume aquí el papel de profeta, y como tal se dirige a Nehemías: “Hablabas aquella profecía contra mí” (v. 12). Cuando Nehemías vino a su casa, Semaías se había encerrado, pues simulaba tener miedo, cuando no tenía motivos para temer. Este hombre *había sido sobornado* por Tobías y Sanbalat: el amor al dinero lo convirtió en un traidor. Dijo: “Reunámonos en la casa de Dios, dentro del templo, y cerremos las puertas del templo, porque vienen para matarte; sí, esta noche vendrán a matarte” (v. 10). Puso a Nehemías ante dos alternativas: Huir, presa del miedo, o refugiarse en el templo (donde solo los sacerdotes tenían acceso) para escapar de los asesinos. Si hubiera huido, habría sido acusado de tener una mala conciencia; si se hubiese refugiado en el templo, habría sido acusado de profanarlo, desobedeciendo las órdenes formales de Dios. De cualquier manera Nehemías habría estado comprometido en un camino de *pecado* que lo habría difamado cubriéndolo de oprobio (v. 12).

La respuesta de este hombre de Dios es un ejemplo de *dignidad y humildad* a la vez. Reivindica su dignidad ante los hombres, sus enemigos: “¿Un hombre como yo ha de huir?”. Nehemías había comprometido al pueblo en la obra. Lo había armado valientemente. Había intervenido con autoridad ante los conflictos de sus hermanos. ¿Cómo pensar que flaquearía ante acusaciones mentirosas? Pero Nehemías prosiguió con una palabra de humildad, más importante que la primera: “¿Y quién, que fuera como yo, entraría al templo para salvarse la vida? No entraré” (v. 11). [Un hombre como yo! Empleó la misma palabra que la primera vez, pero para situarse humildemente en la presencia de Dios. En el primer caso se le hubiera podido acusar de orgullo, pero en el segundo mostró que el orgullo estaba muy lejos de su corazón. ¿Cómo entrar en el templo, al cual Dios solo permitía el acceso a los sacerdotes? Un rey de Judá trató de hacerlo, colocándose como rey por encima del sacerdocio, y fue castigado con lepra (2 Crónicas 26:16-21). Nehemías no pensó renovar este acto profano. Un hombre como él, ¿tenía algún valor delante de Dios, o algún derecho para quebrantar sus mandamientos? Se le quería provocar para que lo hiciera por miedo. Esta propuesta venía de la serpiente antigua. Así obró Satanás desde el principio, induciendo a Adán a desobedecer.

Después de rechazar esta mala propuesta, Nehemías no fue más lejos y dejó el asunto en las manos de Dios. Es importante notarlo. Este hombre de Dios hubiera podido amotinar al pueblo contra Semaías, acusarlo de ser un falso profeta, probar en público su traición, revelar la ignominia de Sanbalat y Tobías. [Pero no lo hizo! Encomendó el juicio a Dios: “Acuérdate, Dios mío, de Tobías y de Sanbalat, conforme a estas cosas que hicieron; también acuérdate de Noadías profetisa, y de los otros profetas que procuraban infundirme miedo” (v. 14). El nombre de los adversarios, enemigos del pueblo, se halla en primer lugar; el de Semaías no se menciona. [Hermoso ejemplo de un corazón que no se dejó llevar por resentimientos persona-

les contra el que le hizo un daño tan grave! Bello ejemplo también de delicadeza hacia un hermano a quien sabe que se ha corrompido y vendido, y al que hubiera podido decir: “Apártate de mí, Satanás”. Noadías solo aparece aquí, una verdadera profetisa quien se había prestado para esta intriga, con el resto de los profetas. Esta mujer era inexcusable, como sus compañeros, porque [la iniquidad que se esconde bajo el manto de los profetas debe ser señalada!

Fue así como Nehemías hizo frente a los ataques y a los engaños del adversario. Tenía ante sí un ideal invariable y, para alcanzarlo, añadía a la fe la *virtud*, el ánimo moral que sobrepasa todas las dificultades, rechazando el pecado que nos asedia.

A pesar de toda la oposición, el muro fue terminado el veinticinco del mes de Elul, sexto mes de este año judío que comenzaba en el mes de Abib, cuando las espigas maduraban, mes de la Pascua y de la salida de Egipto (Éxodo 13:4). Gracias a la intervención del poder divino, solo fueron necesarios 52 días para llevar a cabo este inmenso trabajo. A los ojos de todas las naciones circundantes, esto era una prueba de “que por nuestro Dios había sido hecha esta obra”. Por eso no es extraño que, al conocer estas cosas, “temieron... y se sintieron humillados” (v. 16). Entonces surgió un último peligro, suscitado por los principales del pueblo. “Asimismo en aquellos días iban muchas cartas de los principales de Judá a Tobías, y las de Tobías venían a ellos. Porque muchos en Judá se habían conjurado con él”. ¿Por qué se sometían a él, reconociendo su autoridad? Cosa muy triste, pero común: porque tenían intereses en esto. Tobías, como ya se ha dicho, “era yerno de Secanías hijo de Ara; y Johanán su hijo había tomado por mujer a la hija de Mesulam hijo de Berequías”, de linaje sacerdotal. Estos nobles de Judá eran de doble corazón; trataban de ganarse a Nehemías, hablando de “las buenas obras” de Tobías. Probablemente le decían: Es un hombre amable, ha buscado la alianza con el pueblo de Dios. [Cuántas veces hemos oído adular las cualidades de un adversario, para atenuar su hostilidad y obligar a las almas a recibirle como aliado! Los mismos intrigantes contaban a Tobías las palabras de Nehemías. Este intercambio de cartas no tenía como fin ganar al enemigo, sino asustar al conductor del pueblo (v. 17-19).

Así era como el adversario lanzaba todas sus tropas de reserva contra un solo hombre. Pero *Dios estaba allí* y fortalecía las manos de su siervo. Como lo dijo a Jeremías en su tiempo, podía decirlo también a este nuevo testigo: “Te pondré en este pueblo por muro fortificado de bronce, y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo para guardarte y para defenderte, dice Jehová. Y te libraré de la mano de los malos, y te redimiré de la mano de los fuertes” (Jeremías 15:20-21).

## Orden de la casa, gobierno de la ciudad y registro genealógico

El muro estaba construido; las puertas y sus cerraduras estaban colocadas. El enemigo, decepcionado de todas sus tentativas, por fin abandonó sus empresas. Ahora el primer objetivo de Nehemías era organizar el servicio de Dios. Los porteros, guardianes de la casa, los cantores que dirigían la alabanza, los levitas a los cuales era confiado el ministerio de la palabra (comp. cap. 8:7) –porque los levitas ya no tenían, como en el desierto, la tarea de llevar los objetos sagrados del tabernáculo–, todos estos hombres quedaron establecidos en sus cargos.

Pero todavía era necesaria una vigilancia confiada a conductores que tuvieran el derecho de hacerse escuchar. Nehemías, por la autoridad que Dios le había conferido, escogió dos hombres para ello. Asimismo, más tarde, vemos a Pablo escoger a Timoteo y Tito en función de su autoridad apostólica. Esta autoridad delegada no la posee actualmente la Iglesia, y sería una verdadera presunción pretender poseerla aún. A pesar de la ruina, Dios no deja a su Iglesia sin recursos, y su Espíritu le dará el socorro necesario. La acción del Espíritu jamás le faltará.

Nehemías hizo esta elección con una sabiduría que le fue dada de lo alto. Su hermano Hanani había sido el primero en darle la noticia de la miseria de Jerusalén (cap. 1:2). Convenía, pues, que aquel que había llevado en su corazón el oprobio de la ciudad santa, y que para levantarla de sus ruinas había emprendido el largo viaje hacia Babilonia, ocupara un lugar de honor y autoridad entre el pueblo.

El segundo de estos hombres era Hananías, jefe de la fortaleza; había hecho su aprendizaje en la misión restringida que había ocupado en “la ciudad de David” propiamente dicha. Tenía otros títulos, además de este: “porque este era varón de verdad y temeroso de Dios, más que muchos” (v. 2). El servicio de Dios solo puede ser confiado a hombres *fieles*. De otra manera, ¿cómo serían calificados para ser conductores? Por ello Pablo, como Nehemías, se rodeaba de siervos de Cristo, puestos a prueba y *hallados fieles* (1 Corintios 4:17; Efesios 6:21; Colosenses 4:7, 9; véase también 1 Pedro 5:12; Apocalipsis 2:13). Aun hoy, sin institución apostólica, es necesario que los conductores tengan este carácter. En general las iglesias muy raramente son llamadas fieles, incluso en los días apostólicos. En efecto, este término solo les fue aplicado dos veces (Efesios 1:1; Colosenses 1:2). Quiera Dios que sea de otra manera donde la unidad del cuerpo de Cristo es realizada por la reunión de los hijos de Dios, pero ¡qué poco frecuente ha sido esto en todo tiempo! Esto es naturalmente imposible donde se pretende formar «iglesias» mediante la alianza de los cristianos con el mundo.

En todo caso, en la Palabra de Dios solo se encuentra la fidelidad del conjunto cuando la posición celestial en Cristo es conocida y realizada, como en la asamblea de Éfeso; o cuando, como en Colosas, el valor de la persona de Cristo, Cabeza de su cuerpo, es apreciado, a pesar de los esfuerzos del enemigo para hacer que se pierda el gozo de ello.

También se dice de Hananías que “era *temeroso de Dios*, más que muchos”. El temor de Dios siempre va acompañado de humildad; nadie puede darse importancia delante de Él, y es una de las auténticas fuentes de la autoridad de los conductores. Aquel que cree ser algo, no vive en el temor de Dios, y su ministerio no será provechoso a los santos. Si Dios quiere emplearle, será necesario que lo humille tarde o temprano, a fin de poder utilizarlo.

Consideremos además en qué consistían las funciones de estos dos hombres. Debían vigilar escrupulosamente las puertas (v. 3). En la ciudad santa no debía entrar nada *sin* ser controlado. Nehemías temía de tal manera que elementos extraños fuesen introducidos en la ciudad al amparo de la noche, o aun a media luz, que ordenó esperar hasta que el sol calentara para abrir las puertas. Así nadie podía entrar inadvertido en Jerusalén. Igualmente hoy, sabiendo que tenemos enemigos *espirituales*, debemos velar para que ciertas doctrinas subversivas del cristianismo no se introduzcan en la ciudad de Dios. Y no se trata necesariamente de herejías. A veces son doctrinas verdaderas hasta cierto punto, pero que sacadas de su lugar y

desplazadas en relación con otras verdades, son falsificadas por esta transposición, convirtiéndose en peligrosas. En todos los tiempos, los conductores dignos de este nombre han debido velar para que estos elementos no se introduzcan entre los hijos de Dios, aprovechando la noche o la *media luz*.

Los dos conductores encargados del gobierno de Jerusalén debían velar personalmente para que las puertas estuvieran cerradas. No debían confiar esta tarea a otros, porque toda negligencia en el servicio hubiera sido fatal; se requería una vigilancia continua.

Por su parte, los habitantes de Jerusalén también tenían sus deberes:

“ Señalé guardas de los moradores de Jerusalén, cada cual en su turno, y cada uno delante de su casa (v. 3).

Actualmente la vigilancia respecto al mal nos incumbe a todos. Cada uno debe estar “delante de su casa”. Si dejamos al enemigo introducirse en nuestras casas, arruinará al pueblo de Dios como si se introdujera por las puertas. Debemos ser vigilantes frente a *todo* mal, sean malas doctrinas o mundanalidad. Esta última es más contagiosa que las primeras, y armoniza tanto con todas las tendencias de nuestro corazón natural, que no alcanzamos a ser suficientemente vigilantes para rechazarlas.

Otra dificultad se presentó. La ciudad rodeada de murallas era espaciosa y grande, pero el pueblo era poco, y dentro de ella “*no había casas reedificadas*”. Esto no significa que no hubiera casas; lo que sucede es que no todas habían sido destruidas; y cuando el pueblo volvió bajo la dirección de Zorobabel, muchas familias pudieron encontrar sus antiguas moradas y ocuparse aun de adornarlas y artesonarlas (Hageo 1:4), cuando el trabajo de la casa de Dios fue interrumpido. Fue así como vimos un gran número de ellos levantar el muro delante de su casa. Esta expresión solo significa que las casas derribadas no habían sido reedificadas; sin duda en Jerusalén había grandes espacios completamente vacíos. Daniel hace alusión a este trabajo que comenzó en tiempo de Nehemías. Distingue las siete primeras semanas (de años) que forman parte de las sesenta y nueve semanas que habrán de pasar hasta la venida del Mesías, y añade que durante estos cuarenta y nueve años “se reedificarán plaza y foso en la angustia de los tiempos” (Daniel 9:25, versión Nacar-Colunga). La plaza es el lugar donde se concentra la actividad de la ciudad, el lugar de reunión que primero se llena de casas; el foso es una defensa suplementaria destinada a proteger la ciudad. En Daniel, la “plaza” parece ser la que estaba delante de la puerta de las Aguas (Nehemías 8:1) en la ciudad de David, en Ofel, y que no fue comprendida en el recinto, en la época de la reconstrucción del muro (véase el cuadro anexo a estas páginas). La Palabra de Dios no nos conduce históricamente hasta el tiempo angustioso de que habla el profeta Daniel, tiempo sobre el cual aun el testimonio de la historia es poco explícito.

Del versículo 5 al 73 encontramos la repetición de las genealogías contenidas en el capítulo 2 de Esdras. Los racionalistas no han dudado en atacar este pasaje. Dieciocho de las cifras indicadas en Esdras ofrecen variantes aquí, algunas veces en menos y otras en más. Pueblo, sacerdotes, servidores del santuario, etc., dan en Esdras una cifra de 29.818, para un total de 42.360 personas, comprendiendo los no inscritos. Sobre este mismo total de 42.360, Nehemías indica 31.089 personas inscritas. Dejando de lado la invocación, tan fácil como incierta, de faltas de los copistas, comprobamos:

1. Que la enumeración de los conductores del pueblo contiene, en Nehemías 7, un nombre, Nahamani (v. 7), no mencionado en Esdras 2.
2. Que los registros genealógicos levantados por Zorobabel estuvieron al día durante un tiempo más o menos largo (véase Nehemías 12:23).

3. Un hecho bastante notable es que si a la genealogía de Esdras se añaden las 1.396 personas que vinieron a vivir en Jerusalén (Nehemías 11), se llega a la cifra de 25.540 para el pueblo, cifra que concuerda casi exactamente con la cifra de 25.406 de Nehemías 7.

Podríamos añadir otros detalles, pero cualesquiera que sean nuestras suposiciones, aquí aprendemos, como siempre, a desconfiar de nuestra razón, incluso cuando se trata de detalles materiales de la Palabra de Dios, y a esperar en él para su explicación, si juzga bueno dárnosla en tiempo útil. Todo lector sumiso a la Palabra lo ha experimentado feliz muchas veces.

## El libro de la ley y la fiesta de los tabernáculos

Los capítulos 8 al 10 hablan del estado religioso del pueblo y forman una especie de paréntesis, ya que el capítulo 11 se vincula directamente al capítulo 7.

Se había establecido un orden relativo: el muro había sido terminado y los hombres del pueblo habitaban cada uno en su ciudad. Ahora los vemos reunirse “como un solo hombre” (lo mismo vemos en Esdras 3 cuando el altar fue establecido) en la plaza, ante la puerta de las Aguas, cerca del templo, con el único deseo de escuchar la Palabra de Dios. Este pensamiento había nacido en su propio *corazón*, nadie se los había sugerido. Y “*dijeron* a Esdras el escriba que trajese el libro de la ley de Moisés, la cual Jehová había dado a Israel” (v. 1). Esto sucedió en el séptimo mes, el primer día del mes, que correspondía a la fiesta de la nueva luna o de las trompetas (Levítico 23:23-25; Números 10:3-10; Salmo 81:3), figura de la renovación de la luz de Israel, que había desaparecido por un tiempo. En Esdras 3, durante esta misma fiesta, el altar (el culto) había sido restablecido. Ahora, en esta misma fecha, todo el pueblo siente la necesidad de recibir las instrucciones de las Escrituras. Estas dos cosas, el culto y el interés por la Palabra, siempre caracterizarán un avivamiento duradero según Dios. La necesidad de fundarse sobre los libros de Moisés llena todos estos capítulos de Nehemías (véase cap. 8:1, 14, 18; 9:3; 10:34; 13:1). Cuando se trata de la Palabra, vemos reaparecer a Esdras, porque su don y su misión eran enseñarla y contribuir así al desarrollo religioso del pueblo. Nehemías, aunque revestido de la alta dignidad de gobernador, cede inmediatamente el puesto a Esdras. [Qué hermoso ver ejercer los dones en mutua comunión, sin ninguna envidia, sin que unos busquen invadir el campo de otros! Nehemías ejerce el gobierno por parte de Dios; Esdras, por su parte, enseña y aplica la ley de Moisés.

Toda la congregación se reunió para escuchar la lectura de la ley, hombres, mujeres y todos los que tenían inteligencia, es decir, los niños en estado de comprender lo que era leído. Dios proveía así, de una manera cuidadosa, para que aun los niños pudieran aprovechar su Palabra.

Esdras estaba sobre un púlpito de madera, y junto a él, a su derecha y a su izquierda, estaban los ancianos o jefes de los padres. Con un gesto solemne abrió el libro delante de todo el pueblo, por encima de sus cabezas, dando así a la ley el lugar de autoridad que le correspondía. Entonces *bendijo al Señor, el gran Dios*. Ciertamente en el libro estaba escrito que Dios se había revelado y reclamaba la obediencia. Todos añadieron su amén a la oración de Esdras; alzaron sus manos, se humillaron y adoraron a Dios.

Los levitas, que ya no tenían la responsabilidad de llevar los utensilios sagrados (1 Crónicas 23:26), cumplían las funciones de siervos de la Palabra *enseñando* la ley al pueblo, y lo hacían con gran cuidado (v. 8). Leían claramente para ser *entendidos* por todos, lo cual no carece de importancia. [Cuántas veces vemos a los obreros del Señor leer la Palabra en voz baja, aprisa o con negligencia! Y después se apresuran a hablar ellos mismos, como si no fuera más importante escuchar la Palabra de Dios que la suya. Aquí, al contrario, en primer lugar se pone al pueblo en relación directa con la ley, luego se trata de darle su sentido y, por último, de hacerla comprender (v. 8). Aquí los levitas tenían el papel de instructores en las escuelas; y es sorprendente ver que los niños tomaban parte en esta instrucción, cosa que no debiera olvidarse nunca. Un buen maestro no descansa hasta que los alumnos hayan comprendido lo que él les quiere enseñar.

El día que Esdras hizo este gesto y lo que siguió, con acierto puede ser llamado «el día de la *Biblia abierta*». Esta se dirigía a la conciencia y al corazón del pueblo, y es reconfortante ver los resultados obtenidos. Todos se afligieron y lloraron al escuchar las palabras de la ley, pero Esdras les dijo: “Día santo es a Jehová nuestro Dios; no os entristezcáis, ni lloréis”. Y añade:

**No os entristezcáis, porque el gozo de Jehová es vuestra fuerza (v. 9-10).**



[Nunca olvidemos esta gran palabra! La humillación, por más preciosa y necesaria que sea, no nos da la fuerza. Cuando se trata de hacer frente a las dificultades, encontramos esta fuerza ocupándonos del Señor, revelado en la Palabra. Esta meditación es una fuente de indecible gozo para nuestras almas, y el gozo del Señor es nuestra fuerza. Esto era también lo que el apóstol, afligido y asediado por muchos males, recomendaba a los filipenses, tras haberlo experimentado él mismo. “Regocijaos en el Señor siempre”.

En Isaías 30:15 encontramos una segunda verdad respecto a esto: “En descanso y en reposo seréis salvos; *en quietud y en confianza será vuestra fortaleza*”. [Cuántas veces lo hemos experimentado! Dejando al enemigo agitarse y redoblar sus ataques, el cristiano descansa con la plena conciencia de que toda actividad humana no hará sino debilitar la obra de Dios, y con la entera certeza de que Dios puede obrar sin él.

En Nehemías, el pueblo obedeció la palabra que le era dirigida; dejó de llorar y *se regocijó grandemente*. [Había *comprendido!* [Que esta también sea nuestra parte!

Como en Esdras 3 (y hemos indicado la razón estudiando este libro), Nehemías guarda silencio sobre el gran día de las expiaciones que tenía lugar en el décimo día del séptimo mes. Pero los cabezas de las familias, los levitas y sacerdotes, se habían reunido con Esdras el segundo día del mes, “para entender las palabras de la ley” (v. 13). Ellos, que acababan de enseñar al pueblo, se reunían para ser enseñados por Dios ellos mismos. Siempre debiera ser lo mismo para los obreros del Señor: no basta con que instruyan a los otros. Ellos también son débiles y solo conocen en parte; es necesario que encuentren, para su propio uso, nuevas luces en la Palabra, a fin de entenderla mejor. Es lo que vemos producirse aquí: buscando la instrucción en las Escrituras, aprendieron algo que no conocían: “Y hallaron escrito en la ley que Jehová había mandado por mano de Moisés, que habitasen los hijos de Israel en tabernáculos en la fiesta solemne del mes séptimo; y que hiciesen saber, y pasar pregón por todas sus ciudades y por Jerusalén, diciendo: Salid al monte, y traed ramas de olivo, de olivo silvestre, de arrayán, de palmeras y de todo árbol frondoso, para hacer tabernáculos, como está escrito” (v. 14-15; comp. Levítico 23:33-34).

Después de haber aprendido estas cosas, las comunicaron al pueblo, el cual se apresuró a hacerlas. Todos supieron entonces cómo debía ser celebrada la fiesta de los tabernáculos. Los techos, los patios de las casas, los atrios del templo, las plazas de la puerta de las Aguas y de la puerta de Efraín que estaban fuera del recinto fueron cubiertos de tabernáculos (v. 16). Esta fiesta no había sido celebrada *así* desde los días de Josué, cuando el pueblo entró en Canaán (v. 17). La misma fiesta había sido celebrada en Esdras 3, pero no según los detalles de la ordenanza. Allí solo significaba que el país nuevamente estaba abierto al pueblo, desde que la cautividad le había impedido el acceso. En el libro de Nehemías esta fiesta es celebrada según las prescripciones de la ley, y este hecho es el feliz resultado del ardiente celo de todos por recibir la instrucción de la Palabra.

Podría parecer extraordinario que un pasaje tan claro y explícito hubiera pasado desapercibido hasta entonces para los sacerdotes y levitas, pero es un fenómeno que se encuentra en todos los tiempos en la historia del pueblo de Dios. Verdades mucho más importantes como, por ejemplo, la venida del Señor pudieron estar escondidas durante dieciocho siglos, aunque el Nuevo Testamento rebosa de ellas. Para descubrir estas cosas se necesita la acción del Espíritu de Dios, pues incluso la más extraordinaria inteligencia humana es incapaz de discernirlas.

En Nehemías y Esdras encontramos la fiesta de los tabernáculos como una *anticipación* de la resurrección nacional venidera. Esta misma fiesta también fue como *esbozada* con los ramos y las palmas cuando Jesús entró en Jerusalén (Mateo 21:8; Marcos 11:8; Juan 12:12-13) y las multitudes lo reconocieron como hijo de David y rey de Israel. En Lucas 19 no encontramos palmas ni ramos; sin duda los discípulos bendecían al rey que venía en el nombre del Señor, pero decían: “Paz en el cielo” (v.

38), y no: “En la tierra paz”, como en Lucas 2:14, y se ve a Jesús *llorar* sobre Jerusalén (v. 41). La verdadera fiesta de los tabernáculos, la fiesta *definitiva*, será celebrada en un tiempo futuro, según Zacarías 14:16, pero entonces será precedida por el gran día de las expiaciones (Zacarías 12:10-14) que no encontramos en Esdras, en Nehemías ni en los evangelios.

En cierto modo, nosotros los cristianos podemos celebrar la fiesta de los tabernáculos como siendo el gozo anticipado de la gloria, una “alegría muy grande” (v. 17), o como dice el apóstol Pedro: un “gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1:8).

Desde el primer día hasta el último de la fiesta (v. 18), la palabra de Dios fue leída al pueblo; solo ella podía *mantener* el gozo en los corazones de todos.

## Humillación, separación, confesión

La última celebración en la serie de las fiestas judías era la de los tabernáculos (Levítico 23). Ahora bien, el capítulo que se abre ante nosotros no tiene nada que ver con las ordenanzas levíticas. Solo el día veinticuatro –es decir, después del gran día de la fiesta de los tabernáculos que terminaba el día veintitrés– los hijos de Israel se reunieron en la aflicción y la humillación (v. 1). Este acto no tenía nada que ver con el gran día de las expiaciones, el cual debía haber tenido lugar el décimo día del mes, y que Esdras y Nehemías omiten con buena razón, como ya hemos visto.

Este capítulo 9 es como un complemento del capítulo 10 de Esdras, cuando el pueblo se había separado de las alianzas hechas mediante matrimonios con las naciones, alianzas que hacían a la familia de Israel solidaria con los enemigos de Dios y de su pueblo. Pero la purificación realizada en Esdras no bastaba. El pueblo tenía que juzgar un mal más sutil; y si este mal no era confesado, los redimidos recaerían necesariamente en las alianzas profanas que acababan de abandonar. Queremos hablar de la *mezcla* que ellos habían favorecido dejando que las naciones tomaran parte en la vida del pueblo. Para ser realmente liberado de esta mezcla con el mundo se necesitaba más que separarse de tal o cual pecado notable, como las alianzas profanas de otros tiempos; era necesario un juicio verdadero del estado del corazón que había producido tales circunstancias. A este juicio asistimos en el capítulo 9.

Estos hechos son profundamente instructivos para nosotros los cristianos. Tenemos que juzgar no solamente tal o cual falta cometida, sino también la mundanalidad, a la cual hemos dado cabida entre nosotros, y que es la causa de nuestras faltas. Necesitamos una verdadera separación del mundo, porque solo ella nos preservará de pecados groseros, que son la triste consecuencia de esta mezcla.

Para que el pueblo pudiera efectuar esta separación, eran necesarias la *humillación* y la *confesión*. En nuestros días, [¿Cuán difícil es encontrar estas dos actitudes entre los creyentes o en las asambleas que han pecado! Cuando necesitamos juzgar un mal evidente, sin mucha dificultad aceptamos humillarnos en común, siempre que este acto no nos obligue a confesar nuestros pecados cada uno individualmente. Se aceptará más bien cualquier solución intermedia en lugar de *esto*. [¿Cuán cierto es que el pueblo de Dios es un pueblo de dura cerviz, que no sabe doblegarse ante él!

En este capítulo no sucedió así. El pueblo se humilló verdaderamente, todos ayunaron vestidos de cilicio y con tierra sobre sus cabezas (v. 1). Es el duelo, la aflicción, el arrepentimiento. Pero su humillación no se mostró solo mediante estas señales exteriores, sino que *se tradujo en hechos concretos*: la descendencia de Israel se apartó “de todos los extranjeros” (v. 2).

¿Dónde habían encontrado la fuerza para hacerlo? En el mismo manantial donde habían bebido antes. En la fiesta de los tabernáculos el pueblo había realizado que el gozo del Señor era su fuerza. Y con esta fuerza podía humillarse, separarse inmediatamente del mal y confesar su estado. La verdadera humillación, la verdadera confesión no sufre retrasos; el hecho acompaña las palabras. “Ya se había apartado la descendencia de Israel de todos los extranjeros; y estando en pie, confesaron sus pecados y las iniquidades de sus padres” (v. 2).

En el versículo 3 todavía encontramos otro poderoso agente de bendición: “Puestos de pie en su lugar, leyeron el libro de la ley de Jehová su Dios la cuarta parte del día, y la cuarta parte confesaron sus pecados y adoraron a Jehová su Dios”. Sin la Palabra, ninguna confesión puede ser completa, porque solo a través de ella aprendemos a conocer a Dios, las cosas que son incompatibles con su carácter y lo que nosotros mismos hemos sido. Por otro lado, vemos que la confesión del pueblo tuvo proporción directa con lo que la Palabra les revelaba: dedicaron la cuarta parte del día para la lectura de la ley, y la cuarta parte del día para confesar sus pecados. En el libro de la ley (cap. 8:3, 12) aprendieron a conocer la fuente de su fuerza, y en este mismo libro aprendieron a juzgar su estado para confesarlo sin restricción.

Los levitas desempeñaron un precioso papel en todo esto. Habían enseñado al pueblo (cap. 8:8) y, después de haber cumplido fielmente su servicio, llegaron a entender los detalles de la ley (cap. 8:13), entrando así en un conocimiento más exacto de las cosas ya reveladas. Entonces los vemos levantarse sobre la grada y clamar “en voz alta a Jehová su Dios” (v. 4). Su fidelidad y su comunión con Dios los calificaba para ser la boca de la asamblea en público, cuando se trató de reconocer su pecado.

Esta *confesión* que, del versículo 5 al 38 llena el capítulo 9, es muy notable. Los levitas empezaron por *bendecir*. No es posible situarse realmente ante el Señor, como perteneciéndole, sin reconocer el carácter paciente y misericordioso de Dios, a quien se ha deshonrado.

## Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado

(Salmo 130:4).



Tal fue también el sentimiento de David cuando dijo: “Contra ti, contra ti solo he pecado” (Salmo 51:4).

Las *bendiciones* dirigidas a Dios consisten en esto: en los versículos 5 al 7, los hijos de Israel bendicen al Dios creador y preservador de todas las cosas, quien es el Mismo, el Eterno. En los versículos 7 y 8 lo reconocen como el Dios de las promesas, quien llamó y escogió a Abraham. En los versículos 9 al 11 lo celebran como el Dios redentor y vencedor del enemigo, el que ha sacado a su pueblo de Egipto.

En los versículos 12 al 15 mencionan su *responsabilidad*. Después de conducirles por su gracia hasta el Sinaí, Dios les había dado la ley, la cual debían obedecer; pero aun después del Sinaí (v. 15) había desplegado sus recursos para alimentarlos en el desierto, invitándoles a entrar en posesión de Canaán.

En los versículos 16 al 21 reconocen de qué manera habían respondido a todas estas gracias: “Mas ellos y nuestros padres fueron soberbios y endurecieron su cerviz, y no escucharon tus mandamientos. No quisieron oír, ni se acordaron de tus maravillas que habías hecho con ellos; antes endurecieron su cerviz, y en su rebelión pensaron poner caudillo para volverse a su servidumbre”. Por último coronaron su desprecio a Dios con el becerro de oro, haciéndole grandes ultrajes. Entonces fueron condenados a pasar cuarenta años en el desierto, y pese a todo, Dios fue para ellos un Dios de bondad, en la medida en que su santa ley le permitía manifestar este carácter (v. 17). Su rebelión había cerrado todas las vías de la gracia de Dios hacia ellos; con todo, él veló sobre ellos (v. 21).

Versículos 22-27. Tomaron posesión, por pura gracia, del país de la promesa, como se ve en los últimos capítulos de Números; y por la gran bondad divina “se deleitaron en tu gran bondad” (v. 25). Sin embargo, apenas entraron en la tierra prometida se rebelaron, a pesar de todos los juicios anteriores, y nuevamente “hicieron grandes abominaciones” (v. 26). Entonces Dios los entregó en mano de sus adversarios y, no obstante, los liberó todavía en parte por medio de los jueces.

Versículos 28-31. Las rebeliones se renovaron durante la realeza. Los profetas les advertían sin éxito; con todo, Dios no los consumió (v. 31).

Versículos 32-38. Por último todos, desde los más grandes hasta los más pequeños, reconocieron la perfección de todas las vías de Dios para con ellos: “Pero tú eres *justo* en todo lo que ha venido sobre nosotros; porque *rectamente* has hecho, mas nosotros hemos hecho lo *malo*” (v. 33). No trataron de justificarse ni de librarse de las consecuencias de su pecado: “He aquí que hoy somos siervos; henos aquí, siervos en la tierra que diste a nuestros padres para que comiesen su fruto y su bien. Y se multiplica su fruto para los reyes que has puesto sobre nosotros por nuestros pecados, quienes se enseñorean sobre nuestros cuerpos, y sobre nuestros ganados, conforme a su voluntad, y estamos en gran angustia” (v. 36-37).

Así fue esta confesión simple, completa, verdadera, sin excusas ni disculpas. Reconoce las faltas de todos, desde el principio; aprueba el juicio en consecuencia, pero también proclama la misericordia y la gracia inagotables de Dios, quien les había conducido hasta allí.

Añadamos una observación, importante en todos los tiempos para el pueblo de Dios cuando ha pecado. Tres cosas le son necesarias:

1. la humillación,
2. la separación del mal,
3. la confesión.

Deben realizarse *en el orden* que nos es indicado al comienzo de este capítulo. La humillación, sin separación ni confesión, es sin valor. La separación sin humillación ni confesión es un acto de orgullo espiritual y solo denota un espíritu sectario. La confesión pública y sin restricción necesariamente comprende las otras dos; por eso nuestros orgullosos corazones, desesperadamente malignos, siempre se resisten a ella. Si la confesión no tiene lugar, la separación carece de realidad y en breve será seguida por una recaída, tanto si se trata de individuos como de asambleas. [Sigamos el ejemplo de este pobre pueblo humillado que clamaba en “voz alta” al Señor su Dios!

En el versículo 38 se ve al pueblo, como pueblo bajo la ley, renovar su pacto: “A causa, pues, de todo esto, nosotros hacemos fiel promesa, y la escribimos, firmada por nuestros príncipes, por nuestros levitas y por nuestros sacerdotes”. Sabemos que, como pueblo en la carne y bajo la ley, no pudieron cumplirla. Sin embargo, en esta renovación del pacto también podemos aprender una seria lección para nosotros. Tras la confesión de nuestro pecado, nuestra marcha debe recomenzar sobre una base nueva: una separación mucho más real y efectiva del mundo que nos había atraído al mal y en medio del cual tenemos que andar en adelante como extranjeros que buscan otra patria.

## Renovación del pacto

Tras la confesión encontramos, tal como acabamos de ver, la renovación del pacto, como tuvo lugar precedentemente en el reinado de Josías (2 Reyes 23:3). Este pacto estaba basado en la ley; por ello fue tan rápidamente violado como el del Sinaí, lo mismo que cualquier otro en condiciones similares. Pero para el hombre estos pactos son una ocasión de experimentar a fondo lo que es la carne, y es por esto que la ley, como obligación, es necesaria.

Nosotros no podemos aplicarnos este capítulo de la misma manera, pues nuestras relaciones con Dios están basadas en la gracia; sin embargo, en él podemos ver la renovación de las relaciones de comunión con Dios, cuando nuestra infidelidad ha provocado un eclipse. Además, aquí vemos un hecho muy importante, pues cuando la confesión de las faltas ha sido real y completa, no solo encontramos la comunión con Dios, sino también *la comunión los unos con los otros*.

Los príncipes del pueblo, el gobernador, los sacerdotes, los levitas y los cabezas del pueblo firmaron el pacto, en total 84 personas, que representaban a más de 40.000. “Y el resto del pueblo, los sacerdotes, levitas, porteros y cantores, los sirvientes del templo, y todos los que se habían apartado de los pueblos de las tierras a la ley de Dios, con sus mujeres, sus hijos e hijas, todo el que tenía comprensión y discernimiento, se reunieron con sus hermanos y sus principales, para protestar y jurar que andarían en la ley de Dios, que fue dada por Moisés siervo de Dios, y que guardarían y cumplirían todos los mandamientos, decretos y estatutos de Jehová nuestro Señor” (v. 28-29). Aquí encontramos, pues, el resultado de una verdadera humillación, de una verdadera separación, de una verdadera confesión. No hay ninguna divergencia; se manifiesta un mismo sentimiento; todos, viejos y jóvenes, hijos e hijas, mujeres y niños, sacerdotes, cantores, levitas y sirvientes del templo “se reunieron con sus hermanos”, aceptando lo que sus conductores, estos 84 hombres, habían hecho; no hubo ninguna oposición; en este numeroso pueblo no se ve al uno a la derecha y al otro a la izquierda; nada de bandos particulares tomando una decisión independiente, excluyendo a los otros. Las mujeres tuvieron su lugar en este asentimiento universal. ¿No es esto instructivo? Dios permite las divergencias y las disensiones entre sus hijos cuando la confesión de las faltas no se hace, o es incompleta, sea entre los individuos o en las asambleas. A partir del momento en que esta confesión es real y completa, y que nadie trata de justificarse o disculparse, la comunión de los unos con los otros se restablece.

El pacto encierra tres puntos:

1. La exclusión de los matrimonios profanos (v. 30), como en Esdras 10.
2. La santificación completa del sábado, que era la señal del pacto. La celebración del sábado tenía el carácter de una separación absoluta de las naciones (v. 31).
3. El año sabático, que probablemente nunca había sido estrictamente guardado desde la promulgación de la ley.

Por estas prescripciones se ve que todos se habían familiarizado con las enseñanzas de la Escritura; pero no se quedaron ahí. En los versículos 32 al 34 *ellos mismos se imponen mandamientos*, lo cual confirma una verdadera comprensión de los pensamientos de Dios. No tenían textos formales para obrar, pero estaba “escrito en la ley” que los sacrificios debían ser ofrecidos; esto bastaba para que cada uno cumpliera con ellos según sus medios. Lo mismo sucedió para traer madera a la casa de Dios. La ley no ordenaba suministrarla, pero estaban seguros de responder a los pensamientos de Dios participando todos en esta faena, sin la cual los sacrificios no podían ser ofrecidos.

En lo concerniente a las primicias y a los diezmos, solo debían ceñirse a lo que estaba explícitamente “escrito en la ley”. En todo esto obraban de común acuerdo. Todo parece sencillo y fácil cuando existe la comunión entre los hermanos y, además, cuando su único motivo de acción es el servicio de la casa de su Dios (v. 39).

## Jerusalén repoblada

Ya hemos indicado que este capítulo se vincula directamente con el capítulo 7. El altar, los cimientos, el templo y la muralla habían sido reconstruidos, pero “la ciudad era espaciosa y grande, pero poco pueblo dentro de ella, y no había casas reedificadas” (cap. 7:4). La pregunta que se hace ahora es: ¿la ciudad había sido reconstruida para estar desierta y vacía? ¿Para qué defenderla si nadie venía a vivir en ella? Ahora bien, Dios había preparado a su pueblo para esta reunión, primero mediante su Palabra (cap. 8) y luego separándolo de los gentiles (cap. 9). Ahora los fieles comprenden que es necesario realizar esta reunión y no solamente proclamarla como principio. Jerusalén debía ser repoblada, al menos por uno de cada diez de los judíos (v. 1). El regreso a la ciudad santa exigía mucha abnegación y olvido de sí mismo. El israelita piadoso debía abandonar su herencia, la cual era muy importante para él; también debía dejar sus parientes, su viña y su higuera; privarse voluntariamente de las cosas que tenía razón de querer conservar, porque eran don de Dios, y esto sin otro propósito que repoblar Jerusalén. Pero estaba animado por el elevadísimo motivo de este renunciamiento. Había comprendido que Sion era “la ciudad santa” (v. 1, 18), la ciudad de la libre elección de Dios, ciudad que él amaba más que todas las mansiones de Jacob, y este motivo bastaba para quererla más que a su propia morada.

Sin embargo, Jerusalén estaba reducida, abatida, sin casas edificadas, y su mismo estado demostraba que no era lo que Dios deseaba que fuese (véase Salmo 27:13; 87:5-7; Isaías 33:20; cap. 60). Pero en ese tiempo de ruinas, aun antes de que la muralla fuese reconstruida, Zacarías había profetizado al respecto: “Sin muros será habitada Jerusalén, a causa de la multitud de hombres y de ganado en medio de ella” (Zacarías 2:4). Debido a su ruina actual, Jerusalén no tenía atractivo para el pueblo de Dios, excepto que fuera considerada con los ojos de la fe, desde el punto de vista de su gloria futura. Para abandonar todo lo demás por ella, se requería una decisión que solo la fe puede dar y solo la esperanza puede sostener. Esto no podía ser sino un acto de amor y de abnegación voluntarios hacia la ciudad del gran Rey; abnegación que no era la idea de todos y que Dios tampoco exigía de ellos. Sin embargo, el pueblo moralmente restaurado, como lo hemos visto, estaba en plena comunión con aquellos que tomaban esta responsabilidad:

“ Bendijo el pueblo a todos los varones que voluntariamente se ofrecieron para morar en Jerusalén (v. 2).

Sentimientos como estos tenían la aprobación de Dios.

Estos hechos, ¿no nos hablan del deber y de la misión de los redimidos en el día de hoy? Como la Jerusalén de Nehemías, el testimonio de la Iglesia actual está en ruinas. No obstante, los principios sobre los cuales está edificada: el altar –la cruz de Cristo; el fundamento –un Cristo resucitado; el templo –la habitación de Cristo en medio de los suyos; el muro –la santidad que conviene a tal morada, todo esto ha sido puesto en evidencia por la Palabra. Para los fieles se trataba de abandonar sus moradas a fin de venir a ocupar esta ciudad desolada, con un corazón amante que compartiera los sentimientos del corazón de Dios por ella. Solo la fe puede producir esta abnegación.

¿Podría decirse que el pueblo de Dios *bendice* hoy a los que se ofrecen voluntariamente para esta labor? ¿No es cierto que más bien los combate y desprecia? Pero a ellos solo les debe bastar la aprobación del Señor. Son inscritos como los que subieron al comienzo con Zorobabel (v. 3-19); y tenemos motivos para suponer que sus nombres fueron añadidos a los de la lista primitiva. Notemos que a pesar de la devastación de Jerusalén, cada uno de los que fueron para habitarla encontró allí un lugar disponible. Aquí tenemos a los que “hacían la obra de la casa” (v. 12), los “capataces de la obra exterior de la casa de Dios” (v. 16), el que entonaba o “empezaba las alabanzas y acción de gracias al tiempo de la oración” (v. 17), los “guardas en las puertas” (v. 19), los cantores (v. 22). En otras palabras, cada uno de ellos cumplía su trabajo como si todo estuviera en orden; y por su parte Dios lo tenía en cuenta. Sin duda todo esto tuvo lugar en un tiempo de miseria y ruina, pero, ¿es poca

cosa a los ojos de Dios que se reconozca el orden por él instituido, y que a pesar de la ruina se practique este orden, en vista de un tiempo de perfección futura? [Este pobre remanente de Jerusalén tuvo la noble y preciosa misión de unir, en los días de humillación y oprobio, los tiempos de la gloria pasada de Salomón con los de la gloria futura del Mesías!

Los versículos 25 a 36 enumeran las ciudades de Judá y Benjamín habitadas por los que vinieron de Babilonia. Allí el orden tampoco es perfecto; Judá se salió un poco de sus límites, hacia Beerseba. Pero estas imperfecciones estaban acompañadas por el verdadero deseo que cada uno tenía de ocupar el lugar que Dios le había asignado. Así, los sirvientes vivían en Ofel, en una parte de la ciudad de David que se encontraba fuera del muro nuevo, pero cerca del templo, al que entraban por la puerta de las Aguas.

## La dedicación del muro

Este capítulo comienza recapitulando la lista de los sacerdotes y levitas que subieron con Zorobabel. En los versículos 10 y 11 encontramos la enumeración de los sumos sacerdotes, comenzando por Jesúa, del libro de Esdras. Joiacim, su hijo, lo había sucedido. Eliasib, hijo de Joiacim, quien ejercía el sacerdocio en tiempos de Nehemías, es el último sumo sacerdote que el Antiguo Testamento nos presenta en el *ejercicio* de sus funciones. El capítulo 13 describe a este hombre con los modales que hacen de él un objeto de reprobación. Joiada sucedió a Eliasib, su padre, quien según los versículos 6 y 7 todavía era sacerdote después del año 443 a. C.; no se nos da ningún detalle más sobre él. Jonatán o Johanán (v. 11, 23), hijo de Joiada y nieto de Eliasib, es llamado hijo de Eliasib en el versículo 23 y en Esdras 10:6, según la costumbre tan frecuente entre los judíos. No ejercía el sacerdocio cuando Esdras llegó a Jerusalén. Jadúa es el último sumo sacerdote *citado* en el Antiguo Testamento. Ejercía sus funciones en tiempo del reino de Darío, el persa (336-330, a. C.); y si damos crédito a la historia, todavía era sumo sacerdote en la época de la invasión de Palestina por Alejandro Magno. Como ocurre frecuentemente en los libros históricos y proféticos, este pasaje, inspirado como todo el resto, fue añadido más tarde al libro de Nehemías, para completar la información dada por el escritor sagrado.

Fiestas similares a la dedicación del muro (v. 27-43) tuvieron lugar en varias ocasiones en la historia de Israel:

1. Cuando David trajo el arca de la casa de Obed-edom (2 Samuel 6:12-15).
2. Cuando dedicaron el templo de Salomón (1 Reyes 8:12-66).
3. Cuando los fundamentos del templo fueron puestos (Esdras 3:10-13).
4. Cuando dedicaron la casa (Esdras 6:16-18).
5. Y para terminar, en nuestro pasaje.

Estas fiestas, a excepción de una, expresaban el gozo, eran espontáneas y no formaban parte de las ordenanzas de la ley. El gozo que allí se manifestaba siempre estaba en relación con la *casa de Dios*. Podemos sacar la consoladora conclusión de que el sentimiento de decadencia no debe debilitar nuestro gozo, porque las bendiciones que el Señor derrama hoy sobre su Asamblea tienen tanto valor como en los tiempos más prósperos de la historia de la Iglesia. “Regocijaos en el Señor siempre”, se nos dice, y esto en días en los que la ruina se acentuaba más y más.

En la dedicación del muro, los levitas, cuyo carácter en estos libros a veces roza con la indiferencia, parecen nuevamente poco dispuestos a colaborar. “Para la dedicación del muro de Jerusalén, buscaron a los levitas de todos sus lugares” (v. 27). Los cantores se reunieron voluntariamente para esta gran fiesta. Según parece, previendo su servicio en la casa de Dios, “se habían edificado aldeas alrededor de Jerusalén” (v. 29).

Antes de la fiesta era necesario que los levitas y los sacerdotes se purificasen, rasgo bien característico del régimen de la ley, en contraste con el de la gracia (Hebreos 7:27); sin esto no podían purificar al pueblo, las puertas ni el muro. La fiesta en sí y el cortejo conducían a la casa de Dios. La santificación de Jerusalén y del pueblo no tenía otro propósito que glorificar a Aquel que quería poner allí su domicilio.

Versículos 31-37. Nehemías puso los dos coros sobre el muro, hacia la puerta del Muladar (ver el cuadro esquemático). De allí el primer coro, subiendo hacia el oriente, llegó por “las gradas de la ciudad de David” a la puerta de las Aguas, que cerraba el recinto del templo al sur. En esta parte del cortejo, que era la más importante, Nehemías dio el primer lugar al “escriba Esdras” (v. 36). *Él* iba a la cabeza; es conmovedor ver a Nehemías desaparecer humildemente ante una autoridad espiritual superior a la suya. Destacando a Esdras, Nehemías da, de hecho, toda su autoridad a la Palabra de Dios, de quien Esdras era el representante. En cuanto a él, el gobernador, que en realidad tenía el derecho de ocupar el primer lugar en el segundo

coro, tomó el último: “El segundo coro iba del lado opuesto, y *yo en pos de él*” (v. 38). Este coro se detuvo ante la “puerta de la Cárcel”, al norte del templo. Por último, los dos cortejos se reunieron en los atrios de la casa de Dios (v. 40), para ofrecer sacrificios y celebrar su nombre.

“ Se regocijaron, porque Dios los había recreado con grande contentamiento; se alegraron también las mujeres y los niños; y el alborozo de Jerusalén fue oído desde lejos (v. 43).

Todo esto estaba lejos de igualar la gloria de los días de David y Salomón, pero el gozo era igualmente grande, porque era el gozo de un pueblo santo, consagrado a Dios, aprobado por él, que tenía la Palabra de Dios para conducirlo.

En los versículos 44 al 47 vemos los efectos de la consagración del pueblo a Dios, a pesar de la humillación en que se encontraba. Faltaban muchas cosas. “Porque desde el tiempo de David y de Asaf, ya de antiguo, había un director de cantores para los cánticos y alabanzas y acción de gracias a Dios” (v. 46). Sin embargo, el orden no faltaba, pues el pueblo recurría a lo que había sido establecido al comienzo por David y Salomón (v. 45); y también porque el celo que acompaña siempre a un gran gozo ayuda a colmar los olvidos (v. 44, 47). Aquí se ve, aunque sea por un momento, una consecuencia del gozo común: la realización práctica del primer amor.

## La energía individual de la fe

Como hemos visto, el pueblo había mostrado su interés y su respeto por la Palabra de Dios en diversas circunstancias; el principio de este capítulo nos lo muestra nuevamente atento a la lectura del libro de Moisés. Ese día se percataron de que habían descuidado una prescripción de este libro, porque “aquel día se leyó en el libro de Moisés, oyéndolo el pueblo, y fue hallado escrito en él que los amonitas y moabitas no debían entrar jamás en la congregación de Dios, por cuanto no salieron a recibir a los hijos de Israel con pan y agua, sino que dieron dinero a Balaam para que los maldijera; mas nuestro Dios volvió la maldición en bendición. Cuando oyeron, pues, la ley, separaron de Israel a todos los mezclados con extranjeros” (v. 1-3).

No es sorprendente que el pensamiento de separarse de Amón y de Moab no viniera espontáneamente al espíritu del pueblo. Estas dos naciones eran hermanas de Israel según la carne, a pesar de su detestable origen, salidas del “justo Lot”, considerado como hermano de Abraham, y, en un sentido, tan emparentadas con Israel como la descendencia del profano Esau.

Los transportados ya se habían separado de *todos los extranjeros* (cap. 9:2) y de los *pueblos de las tierras* (cap. 10:28); sin embargo, hasta ese día no habían tenido en cuenta a este *pueblo mezclado*, cuya presencia les era tan familiar. Pero he aquí que la Palabra de Dios los menciona expresamente, [y ellos no lo habían tenido en cuenta! En efecto, Deuteronomio 23:3-6 dice: “No entrará amonita ni moabita en la congregación de Jehová, ni hasta la décima generación de ellos; no entrarán en la congregación de Jehová para siempre, por cuanto no os salieron a recibir con pan y agua al camino, cuando salisteis de Egipto, y porque alquilaron contra ti a Balaam hijo de Beor, de Petor en Mesopotamia, para maldecirte. Mas no quiso Jehová tu Dios oír a Balaam; y Jehová tu Dios te convirtió la maldición en bendición, porque Jehová tu Dios te amaba. No procurarás la paz de ellos ni su bien en todos los días para siempre”.

Estas cosas habían ocurrido unos mil años antes, y es importante considerar que el tiempo transcurrido desde entonces no disminuía absolutamente en nada la culpabilidad de Amón y Moab. La sentencia de Dios contra ellos permanecía, porque Dios no cambia, y para él mil años son como un día. A menudo se piensa que, como en los asuntos humanos, hay prescripción respecto a un pecado cometido hace tiempo contra Cristo y contra el pueblo de Dios. Entonces se dice: ¿Por qué recordar estas cosas? Pasaron desde hace tanto tiempo, que nadie se acuerda de ellas. ¿Debemos tenerlas en cuenta todavía? Tales razonamientos siempre encuentran la aprobación de nuestra naturaleza pecadora. La idea de hacer borrón y cuenta nueva sobre el mal nos parece muy recomendable a primera vista; pero olvidamos que la cuestión debe ser considerada bajo el punto de vista de Dios. ¿Qué piensa él de la injuria hecha a Sí mismo y a su pueblo? Desde el comienzo Dios había pronunciado una sentencia definitiva sobre los “mezclados”, y en este caso Israel no debía considerar lo que le parecía conveniente, sino lo que Dios pensaba del deshonor infligido a su Nombre. El tiempo no había cambiado nada del pecado de Moab y Amón, ni la obligación de separarse de ellos. En cuanto a los hijos de las naciones y a los pueblos del país, a todos aquellos que habitaban Canaán en el tiempo de la conquista, Dios no solo había ordenado destruirlos enteramente, sino también no hacer alianza con ellos, no hacerles favores ni emparentar con ellos por medio del matrimonio, a fin de que no condujeran al pueblo a la idolatría (Deuteronomio 7:1-4). Ahora bien, *aquí* este no era el caso para Amón y Moab; y en cuanto a los matrimonios profanos, el pueblo ya los había condenado y se había purificado de ellos (Esdras 10). Se trataba más bien de no considerar a estos dos pueblos como parte de la congregación del Señor.

Tan pronto como el pueblo oyó las palabras concernientes a Amón y Moab, separó de Israel todo el pueblo mezclado. Pero *antes de esto* el mismo Eliasib, el sumo sacerdote, había dado un ejemplo de infidelidad; y su posición privilegiada, como su autoridad, hacían que su infracción a la ley fuera más peligrosa. Eliasib era aliado de Tobías, el *amonita*. Este último era tenido en gran estima por los nobles de Judá que “se habían conjurado con él”. Como lo hemos visto más de una vez, era yerno de Secanías, hijo de Ara, y Johanán, su hijo, era yerno de Mesulam, hijo de Berequías, de la familia sacerdotal (cap. 6:18), quizás el mismo que, en Esdras 10:15, se había opuesto a la expulsión de las mujeres extranjeras. Por otra parte vemos que

un nieto de Eliasib era yerno de Sanbalat, el horonita, un moabita (v. 28). Así, por ambos lados, el jefe espiritual del pueblo había violado el mandamiento de Moisés, sea mediante alianza política con Amón (pues no está dicho que era aliado de Tobías por matrimonio) o por alianza matrimonial con Moab.

La alianza con Tobías había comprometido a Eliasib a darle no solo un lugar en la congregación de Israel, [sino una morada en la casa de Dios! Le había preparado la cámara de los diezmos, “en la cual guardaban antes las ofrendas, el incienso, los utensilios, el diezmo del grano, del vino y del aceite, que estaba mandado dar a los levitas, a los cantores y a los porteros, y la ofrenda de los sacerdotes” (v. 5).

Si al principio obró por ignorancia, como el pueblo, cosa inexcusable para un sumo sacerdote, después no siguió el ejemplo de la congregación que, al escuchar la ley, inmediatamente separó de Israel al pueblo mezclado. [Qué vergüenza para el jefe espiritual del pueblo! [Solo él se había puesto por encima de la ley de Dios, por encima de la Palabra escrita, persistiendo en este terrible mal, y el pueblo se lo había permitido!

Fue necesario el retorno de Nehemías para poner fin a este sacrílego abuso. Mientras esto ocurría, Nehemías estaba con el rey de Susa, pues su permiso había terminado (v. 6; comp. 2:6). Pero a su regreso, semejante situación no se le podía escapar. Tolerada por todos, era imposible que lo fuese por Nehemías. Este hombre de Dios no admitió ninguna excusa al mal; no tuvo en cuenta la posición de quien lo había cometido, y no lo perdonó; purificó inmediatamente la casa de Dios, las cámaras manchadas por la presencia de este amonita, y las devolvió para su uso inicial, después de haber echado fuera todos los enseres de Tobías.

Pero el pecado de Eliasib, de un solo hombre tan prominente, [cuántas consecuencias había traído a todo lo que tenía que ver con el santuario! Los diezmos habían sido descuidados, pues no había donde guardarlos; y como a los levitas y a los cantores les faltaban las cosas necesarias para su subsistencia, habían huido cada uno a su campo. Sin los levitas, el servicio de la casa de Dios había sufrido. Este único pecado había acarreado consecuencias incalculables para el centro mismo de la vida religiosa del pueblo.

Al ver este desorden, Nehemías no vaciló, como tampoco lo había hecho respecto a la cámara de Tobías. La casa de Dios estaba abandonada; no había por qué transigir. Un primer acto de energía debía ser seguido por otro. Nehemías reunió a los jefes y los *hizo permanecer* en sus puestos (v. 11). Confió la repartición de los diezmos a algunos sacerdotes, escribas y levitas, es decir, aquellos cuyas funciones tenían relación inmediata con la casa de Dios, y al lado de ellos a hombres “tenidos por fieles”.

Todavía quedaban otras consecuencias de la infidelidad cometida en las altas esferas; al menos podemos pensar que el hecho relatado del versículo 15 al 18 se debía al relajamiento respecto al culto. El sábado ya no se observaba más. Si rápidamente el pueblo había abandonado lo que en días más felices, motivado por el primer amor, había hecho respecto a los levitas (cap. 12:47), también había olvidado –cosa más grave todavía– su solemne compromiso respecto al sábado, [hecho en el momento de la renovación del pacto! (cap. 10:31).

El sábado era la ordenanza esencial de la ley. Era el único mandamiento, entre los diez, que no estaba basado en una *cuestión moral*. Era simplemente la expresión de la voluntad de Dios y de su Palabra, quien había instituido este mandamiento. Servía de “señal” entre Dios y los hijos de Israel “para siempre” (Éxodo 31:17). Observarlo era una cuestión de *simple obediencia*, sin que se pudieran invocar razones basadas sobre la conciencia; en esto precisamente consistía su importancia capital.

Ahora bien, ¿qué vio Nehemías? “En aquellos días vi en Judá a algunos que pisaban en lagares en el día de reposo, y que acarreaban haces, y cargaban asnos con vino, y también de uvas, de higos y toda suerte de carga, y que traían a Jerusalén en día de reposo; y los amonesté acerca del día en que vendían las provisiones. También había en la ciudad tirios que traían pescado y toda mercadería, y vendían en día de reposo a los hijos de Judá en Jerusalén” (v. 15-16).

Sus negocios personales, el deseo de ganar, habían desviado a los judíos de este gran mandamiento; y también permitían que los extranjeros, los tirios, hicieran lo mismo. Su bienestar, las comodidades de la vida, se adaptaban a estas transgresiones. Profanaban el sábado, y para su propio beneficio permitían que los tirios también lo profanaran.

Nehemías se enfrentó a los líderes y obró con ellos como lo había hecho anteriormente con el jefe de los sacerdotes. “Reprenedí a los señores de Judá y les dije: ¿Qué mala cosa es esta que vosotros hacéis, profanando así el día de reposo? ¿No hicieron así vuestros padres, y trajo nuestro Dios todo este mal sobre nosotros y sobre esta ciudad? ¿Y vosotros añadís ira sobre Israel profanando el día de reposo?” (v. 17-18). Pero no se limitó a hacerles esta reprensión: cerró las puertas de Jerusalén antes del sábado (v. 19). ¿Para qué servían, pues, las puertas, para cuyo restablecimiento había puesto tanta perseverancia, si permanecían abiertas al mal y a la transgresión? Trató el mal sin ninguna consideración. Así procede la autoridad de Dios cuando nos dejamos dirigir por ella. Cuando se trata de respetar la Palabra, no se toman medidas a medias.

En los versículos 23 al 28 encontramos otra consecuencia de la infidelidad de Eliasib. Mientras la mayoría del pueblo se había purificado, cierto número de entre ellos había permanecido rebelde. Los ojos del celoso siervo, a quien nada escapaba, los descubrieron rápidamente. Si el amonita y el moabita ya no eran tolerados en la congregación, ciertos individuos apoyados por la familia de Eliasib (v. 28) no habían roto las alianzas matrimoniales con Amón y Moab. Tenían hijos mayores que no conocían la lengua hebrea y hablaban la de Asdod –porque a estas dos naciones se había añadido otra, los filisteos, al territorio de los cuales pertenecía Asdod–. Así, los tres enemigos permanentes del pueblo de Dios (sin hablar de Edom) eran recibidos en las familias y allí engendraban hijos a su imagen, puesto que la alianza con el mundo *nunca* beneficia al pueblo de Dios; aquí no se ve que los hijos de los asdodeos hubiesen aprendido a hablar hebreo.

Nehemías no mostró piedad con estos hombres que, luego de una alianza solemne, podían obrar así: “Reñí con ellos, y los maldije, y herí a algunos de ellos, y les arranqué los cabellos, y les hice jurar, diciendo: No daréis vuestras hijas a sus hijos, y no tomaréis de sus hijas para vuestros hijos, ni para vosotros mismos” (v. 25). Les mostró a lo que estas alianzas habían conducido a Salomón, el más grande de los reyes de Israel. Era precisamente entre las moabitas y amonitas que él había buscado mujeres, y se había vuelto hacia sus dioses (1 Reyes 11:1-8).

¿Qué faltaba por hacer todavía? [Alejar al hijo de Joiada, nieto de Eliasib! “Acuérdate de ellos, Dios mío, contra los que contaminan el sacerdocio, y el pacto del sacerdocio y de los levitas” (v. 29).

De esta manera, en ese momento, el pueblo fue limpio “de todo extranjero” (v. 30).

Esta fidelidad debía tener su recompensa, y Nehemías lo sabía. Él no hacía estas cosas para obtenerla, pero sabía que Dios es fiel y se acordaría de su siervo. Sin duda no tenía *derecho* a nada de parte de Dios, pero sabía que el Señor tiene en cuenta la fidelidad de los suyos, y que cuando el momento de la retribución ha llegado, se complace en decirles: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mateo 25:21, 23). Con el mismo espíritu Pablo podía decir: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día” (2 Timoteo 4:7-8).

Que nosotros también podamos decir, al final de nuestra carrera, como el fiel Nehemías:

## Acuérdate de mí, Dios mío, para bien (v. 14, 22, 31).



El estado de purificación relatado en este capítulo, ¿perduró largo tiempo? [Cuán humillante es tener que reconocer que fue de corta duración! Malaquías, quien sin duda profetizó poco tiempo después de estos acontecimientos contados por Nehemías, nos muestra que a la indiferencia del sacerdocio para con Dios se había añadido el desprecio al matrimonio instituido por Dios, lo que provocaba la indignación de Nehemías. Todo esto nos presenta una seria enseñanza: el mayor peligro que puede amenazar a la Asamblea de Dios en este mundo es precisamente la tolerancia para con los “mezclados” y, de hecho, es la causa principal de la ruina del testimonio de la Iglesia. Es relativamente fácil separarse de los “hijos de los extranjeros”, del mundo propiamente dicho, y el peligro de seguirles es menos grande que el de caminar con aquellos que tienen una misma profesión y, en apariencia, un mismo origen, pero sin tener la fe. Aquellos reivindican el derecho de trabajar en común en la obra de Dios, y bajo el manto de la profesión cristiana, seducen a los verdaderos creyentes con alianzas que parecen muy ventajosas.

[Que el Señor nos guarde de este espíritu y nos libre de dichas asociaciones! Estas provocan siempre un debilitamiento espiritual que va mucho más allá de los límites de la familia donde se han introducido: trasciende necesariamente a la vida de la Asamblea, atenta contra la gloria de Dios y la pureza de su casa en este mundo.

El libro de Nehemías nos enseña lo que debe ser el creyente en estos días difíciles, cuando la decadencia es irremediable, y cuando se trata de glorificar a Dios en una esfera que la ruina ha hecho diferente de lo que era al principio, pero donde, rasgo característico, la autoridad de la Palabra de Dios es reconocida y proclamada. En efecto, después de la llegada de Esdras el escriba a Jerusalén, siempre vemos la Palabra de Dios desempeñar un gran papel: es escuchada y apreciada.

En el libro de Nehemías, el pueblo recurre a esta Palabra y se somete a ella. El “como está escrito en la ley” tiene en estos libros una importancia capital. El deseo de “entender las palabras de la ley” llevó a los jefes a escucharla. El mismo pueblo pidió que se le leyera, y puso toda su atención en ella. Esdras y los levitas la leyeron delante de todos. Esdras, representante de la Palabra escrita, condujo la dedicación del muro. En el capítulo que acabamos de considerar, el pueblo conoció su deber por medio del libro de la ley.

Las «Escrituras abiertas» son, pues, uno de los caracteres del libro de Nehemías, y fueron de ayuda a este hombre de Dios en toda su actividad, aunque su trabajo principal no consistía en presentarlas, ya que esto correspondía más bien al oficio de Esdras. Este último podría ser llamado el hombre de la humillación, humillación que no excluye en manera alguna el firme deseo de llevar al pueblo a separarse del mal. Esdras es, por otra parte, el hombre por quien la Palabra de Dios es vuelta a su lugar de honor, y este papel de las Escrituras continúa, sea por medio de él o por la aceptación espontánea del pueblo, a través de todo el libro de Nehemías.

En lo concerniente a la persona de Nehemías, desde el principio lo vemos desplegar una actividad incesante para la restauración y defensa de este pobre pueblo. El inmenso trabajo de la reedificación de los muros dependió enteramente de su iniciativa. Pero su celo era tan ardoroso contra el mal como para el bien. Amonestó a los nobles y a los jefes que acosaban a sus hermanos, y dio personalmente ejemplo de abnegación, porque el celo sin renunciamiento de sí mismo es de poco valor. Fue la cabeza de los que firmaron el pacto, al que se sometió fielmente. En la dedicación, tomó el último lugar para dar el primero a Esdras. En fin, mostró una energía sin igual, cuando vio el mal introducirse en la congregación, bajo los auspicios del mismo sumo sacerdote. Echó fuera sin vacilar, sin consideración hacia Eliasib, todo lo que pertenecía a Tobías. Reprendió a los jefes sobre el trato a los levitas, como ya lo había hecho antes respecto a su manera de tratar a sus hermanos. Protestó

por lo del sábado y riñó a los nobles de Judá; regañó a los comerciantes que, en ese día, traían sus mercancías a Jerusalén. Reconvino, maldijo y aun hirió a algunos de los que, contra su juramento, no repudiaron a las mujeres extranjeras. Se puede decir de Nehemías lo que fue dicho de uno más grande que él, del cual no era digno de desatar la correa de sus sandalias:

## El celo de tu casa me consume



(Juan 2:17).

Él también, como el Divino Maestro, supo hacer un látigo de cuerdas para arrojar del templo a los vendedores y a los que habían profanado el sacerdocio.

Semejante celo es *necesario* en los tiempos en que vivimos. [Cuántas veces se oye decir: Soportemos el mal, no lo juzguemos y esperemos que Dios lo juzgue! [Palabras tan peligrosas como engañosas! ¿Qué hubiera sido de la congregación si Nehemías se hubiera apoyado en tales principios? Tomémosle por modelo, pero ante todas las cosas, sigamos las pisadas de Cristo. La energía del Espíritu es tan necesaria como el amor y la gracia. Una no debe ceder el lugar a la otra; las dos son igualmente útiles para la prosperidad del pueblo de Dios. Estas cualidades están más bien disociadas en los libros de Esdras y Nehemías, porque generalmente los hombres de Dios muestran una u otra de estas características de manera preeminente: por ejemplo la energía de Pedro y la dulzura de Juan.

Solo en Cristo *todas* las cualidades del siervo de Dios fueron indisolublemente unidas y perfectamente equilibradas. [Su alma era como un teclado de piano. Cada tecla resonaba en el momento deseado, de manera que resultara una armonía perfecta bajo los dedos del Soberano Maestro, quien obtenía acordes maravillosos y divinos!